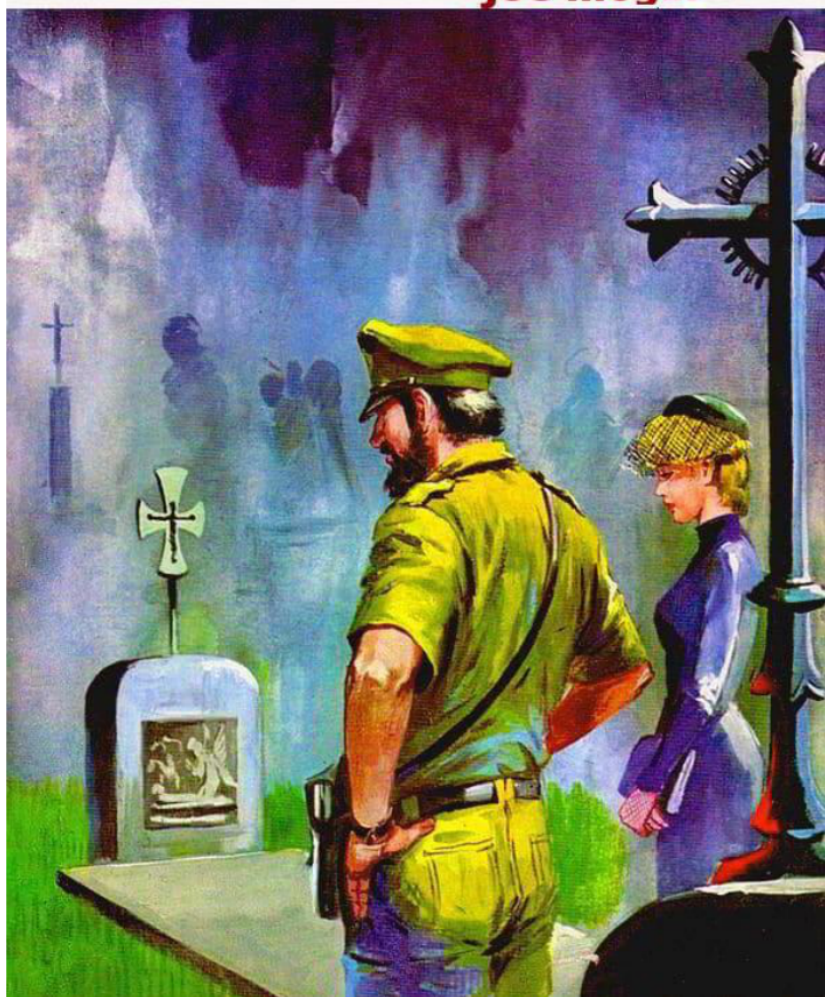


BOLSILIBROS
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

oculto en de la fosa

joe mogar



Miró su reloj de pulsera.

Las once y cuarenta y cinco.

Abajo, cada vez más atrás, perdiéndose en la inmensidad del abismo abierto a sus pies, Miami desaparecía rápidamente delante de sus ojos.

Sobre las escasas nubes que parecían colgadas del firmamento azul, el

«DC-78»

se inclinaba levemente sobre un ala, y luego enderezaba el vuelo sin escala hasta Nueva York.

A su derecha, el mar.



Joe Mogar

Oculto en la fosa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1109

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *Oculto en la fosa*
Joe Mogar, 1971

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Miró su reloj de pulsera.

Las once y cuarenta y cinco.

Abajo, cada vez más atrás, perdiéndose en la inmensidad del abismo abierto a sus pies, Miami desaparecía rápidamente delante de sus ojos.

Sobre las escasas nubes que parecían colgadas del firmamento azul, el

«DC-78»

se inclinaba levemente sobre un ala, y luego enderezaba el vuelo sin escala hasta Nueva York.

A su derecha, el mar.

Lenta, muy lentamente, ladeó la cabeza para mirar el pasaje.

Muy pocos, apenas una veintena de personas, entre mujeres y hombres.

Esperó una orden, que no tardaría en llegar, y cuando aquélla se produjo, tomó el periódico y lo desplegó delante de sus ojos, luego de haberse quitado el cinturón de seguridad.

Ya podían fumar.

La idea le golpeó la mente, mientras clavaba los ojos en los negros titulares, pero no lo hizo.

Una de las azafatas del avión pasó junto a él, yendo directamente hacia donde se encontraban los pilotos.

Abrió la puerta y pasó al interior.

Justo en aquel momento, uno de los pasajeros se puso en pie; también anduvo hacia aquella puerta, pero no entró.

Se detuvo antes, muy cerca, esperando.

Fue muy poco.

Desde el asiento que ocupaba, en una de las ventanillas, la oyó gritar, y apartó los ojos del periódico para mirar.

—¡Cállese! Vamos, cierre la boca.

La muchacha lo hizo.

Desde la butaca, les miró, completamente inmóvil.

El hombre la tenía sujeta por la cintura, con el brazo izquierdo,

mientras que en la mano derecha empuñaba una pistola de gran calibre, con la que apuntaba al pasaje.

No se movió del asiento, tampoco soltó el diario.

Sólo les miraba.

A ellos y a otro, con otra automática en las manos.

Posiblemente, una «Colt».

Se había levantado del lugar que ocupaba y ahora, de una zancada, el segundo individuo alcanzaba la puerta que daba acceso a la cabina del piloto.

En el interior del avión, y mientras cruzaba el umbral, hubo un movimiento de pánico, que el primero de los hombres cortó en seco.

—¡No se muevan! —dijo secamente—. ¡Quietos donde están, o la mato!

Con la misma lentitud desesperante que ya empleara antes, Pierre Derevaux plegó el ejemplar atrasado del *New York Tribune* y lo depositó a su lado.

Silencio.

Obtuso, largo, pesado, que se rompió de un modo súbito cuando uno de los altavoces de a bordo dejó escapar su metálico sonido.

—Esto es un secuestro, ¿comprenden? Por tanto, les ruego que no se muevan. Les habla el piloto. —Hubo una pausa, en tanto que los pasajeros se miraban entre sí, y que bruscamente se rompió del mismo modo—: Vamos a Cuba. Por tanto, paciencia.

Una de las mujeres lanzó un grito sofocado y se desmayó.

La azafata hizo ademán de desprenderse del brazo que la sujetaba por la cintura, y casi al instante oyó la voz salvaje del hombre:

—Quieta, pequeña. Haga algo que no me guste, y se irá al infierno, lo que será una lástima.

—Esa mujer...

—Déjela. Es sólo un desmayo. Ya se recuperará.

Siempre sin abandonar el lugar donde se encontraba sentado, Derevaux contaba mentalmente.

—Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno..., cero.

Justo en aquel momento, el hombre que mantenía sujeta a la azafata por la cintura, se desprendió de ella y la empujó violentamente hacia el centro del pasillo que formaban la doble hilera de butacas.

Acto seguido, cruzó la puerta de la cabina y la cerró a su espalda, dejando solos a los pasajeros del avión.

Derevaux se levantó, y justo cuando la muchacha hacía intención de imitarle, la prendió por la cintura y la ayudó a ponerse en pie.

Fuera, con los reactores al máximo de revoluciones, la nave daba una amplia media vuelta y ponía rumbo a La Habana.

—Gracias.

—¿Se hizo daño?

Los ojos azules, grandes y rasgados de la muchacha, le miraron entre asustados y agradecidos.

—No, no mucho —se inclinó un poco, se levantó algo más el miniuniforme que llevaba puesto, y señaló su rodilla—. Un golpe sin importancia.

Le sonrió.

Alrededor de ellos, los pasajeros empezaban a cuchichear, cuchicheos que pronto se convirtieron en un murmullo que iba aumentando de volumen, a medida que transcurrían los segundos.

—Creo que será mejor que les haga comprender la necesidad de conservar la calma —indicó Derevaux—. No vamos a conseguir nada, aparte del peligro que supone para todos que esos dos locos estén ahí dentro, frente al cuadro de mandos del aparato, con los pilotos.

Viniendo de la cola, tanto o más pálida que su compañera, la otra azafata aparecía, acercándose a ellos.

—¿Cómo se llama usted?

—Jenny

O'Brien

—seguía sonriendo—. ¿Y usted?

—Pierre Derevaux —repuso.

—Gracias por lo que hizo por mí.

Se expresó en francés, mientras se separaba de él para acercarse a la mujer que aún continuaba desmayada, y su compañera trataba de calmar a los asustados pasajeros.

Como si la hubiera oído, el piloto empezó a dirigirse a ellos, asegurando que no ocurría nada y que conservaran la calma, si querían llegar perfectamente a La Habana.

Fue el último en descender del avión, y miró a la policía que rodeaba el

«DC-78».

Por delante de él, los pasajeros, detrás las dos azafatas, cerrando la marcha, escoltados por la policía militar de Castro, y los dos secuestradores, y el piloto y copiloto del tetrareactor.

Derevaux miró a su alrededor.

El aeropuerto de Rancho Boyeros, en La Habana.

Nunca lo había visto y, que él recordara, jamás sintió esa necesidad.

—Su documentación.

Le miró.

Barbudo, vestido de uniforme, de ojos pequeños y crueles, con la gorra de visera y la estrella de cinco puntas.

Repuso en francés, desdeñando el español, tal vez porque le estaba hablando un tipo al que odiaba instintivamente, ya que no le conocía, pero sí por lo que representaba.

—¿Cómo ha dicho?

El otro arqueó una ceja, hizo un esfuerzo, y en un «gabacho» detestable respondió:

—Su documentación.

Derevaux se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y extrajo su pasaporte, que le mostró.

—Diplomático.

El rostro del barbudo se contrajo.

—¿Puedo saber qué hacía con pasaporte diplomático en los Estados Unidos? —preguntó.

—Nada tengo que ver con Cuba, camarada —replicó secamente—.

Y ahora que lo sabe, indíqueme, por favor, cómo llegar a la Embajada francesa o a la Cancillería.

Durante unos segundos el policía tuvo a flor de labios una respuesta grosera, pero se contuvo.

Inmunidad diplomática.

Eso era todo.

—¿Le viene bien un «jeep»? —preguntó.

Derevaux tardó unos segundos en contestar.

Ahora, frente a él, las pistas de cemento estaban completamente vacías.

—De acuerdo —dijo—, si no hay otra cosa.

—No, no la hay.

Portafolios en mano, el francés empezó a andar al lado del policía. La Aduana.

No tardó mucho tiempo en salir de allí, siempre escoltado.

El «jeep».

El policía abrió la portezuela, y se hizo a un lado para dejarle pasar, y Derevaux se sentó en el asiento contiguo al volante.

—Me llamo Juan Morales, y soy el jefe de policía de La Habana —dijo, presentándose a sí mismo.

Derevaux no contestó, y el coche se puso en marcha hacia la ciudad.

Mediaban el camino, cuando Morales rompió el silencio:

—¿Puede decirme qué va a hacer en La Habana?

Derevaux respondió con otra pregunta:

—¿Cree acaso que vine por gusto?

—No, supongo que no, pero... Bueno, no nos gustaría perderle de vista. Por lo tanto, si abandona la Embajada de su país, procure dejar recado del lugar donde se encuentra.

Derevaux le miró de frente.

La poblada barba de Morales impedía distinguir sus facciones con claridad, y mucho más la expresión de su semblante.

Preguntó:

—¿Va a dar órdenes para que se me vigile?

Morales le envolvió en una fugaz mirada.

—No. Pero, de antemano, le advierto que no nos gustaría tener que llamarle la atención a su Embajada. En tanto se encuentre en La Habana... Lo que quiero decir —añadió tras una ligera vacilación— es que Cuba la gobernamos nosotros y nadie más. No se meta en dificultades, y regresará a su país o a los Estados Unidos tan pronto como sea devuelto ese avión.

—Si es que se devuelve alguna vez, ¿no?

Morales no contestó.

Continuó conduciendo en el más completo silencio, en vista de lo cual Derevaux miró a su derecha.

Grupitos de barbudos revolucionarios, sucios, escandalosos, algún «jeep» que otro patrullando por las calles, y se dijo in mente que La Habana ya no era lo que fue, y que jamás lo sería.

La avenida Quinta.

Vio la Casa Verde, y continuó preguntándose si algún día, antes de que abandonara Cuba, no sería llevado allí para ser interrogado, por el mismo hombre que continuaba a su lado, al parecer atento a la circulación de las calles, y no supo qué contestarse.

A continuación, sus pensamientos fueron hacia los demás pasajeros del avión secuestrado.

Les soltarían, de eso no habría la menor duda, pero serían estrechamente vigilados por la policía de Castro, hasta el momento de su devolución.

El avión... Bueno, tal vez se quedara de una vez para siempre en Cuba. No era la primera vez que aquello ocurría.

—Su Embajada.

Derevaux la miró.

El «jeep» se estaba deteniendo junto al bordillo de la acera.

Al terminar, Morales pasó el brazo por delante de él, y abrió la portezuela.

Derevaux tomó el portafolio por el asa, y descendió del vehículo.

—Gracias.

La sonrisa de Morales era hosca cuando respondió:

—No me las de hasta que abandone La Habana, *monsieur* Derevaux.

—¿Es una amenaza?

Le sonrió.

—No. Es una simple advertencia. En Cuba no nos gustan las intromisiones extranjeras, ¿comprende?

—¿Ni las rusas? —preguntó, con el tono más inocente.

El rostro, o la parte que podía ver, de su interlocutor, se nubló.

—Ya le dije que...

—Sé lo que me dijo —cortó el francés—, lo que no significa nada para mí, en uno u otro sentido. Soy diplomático, ¿comprende?, pero según qué clases de políticas no me gustan. —Retrocedió un par de pasos hacia la gran puerta de la Embajada, y añadió—: Gracias, una vez más, por, el paseo, señor Morales. Ha sido delicioso... y espero que nos volvamos a ver.

—En este momento, es lo que más deseo, *monsieur* Derevaux —repuso el jefe de policía cubano, sin descomponerse.

El francés no respondió, le volvió la espalda y lentamente entró en el edificio.

CAPÍTULO II

Tendido sobre el lecho, en la habitación de la Embajada que le destinaron apenas si hacía un par de horas, Derevaux pensaba.

No le gustaba aquello.

No le agradaba desde el mismo momento en que puso los pies en La Habana.

Tampoco iba a gustarle, y valga la redundancia, lo que iba a ocurrir a continuación.

El rapto del avión había venido bien para algunas cosas, aunque para otras significara algo completamente desagradable.

El sonido del timbre telefónico interrumpió el hilo de sus pensamientos, y se volvió de costado, hacia su izquierda, para tomarlo.

—¿Sí? —preguntó.

Hubo un pequeño lapso de tiempo, que se rompió de un modo repentino:

—¿Derevaux?

—Así es —replicó.

Siguió otro silencio, que se rompió del mismo modo:

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

Voz de mujer, hablando un francés un tanto dificultoso, pero completamente inteligible para él.

—Ese riesgo no es mío, sino suyo, ¿entiende?

Al otro lado del hilo parecieron sopesar las palabras, ya que el silencio de ahora duró más que el anterior.

—De acuerdo —habló finalmente—, venga a verme al Cuba. Es una especie de club nocturno, instalado en el número 480 del paseo de Martí. Eso está en el bulevar del Pardo.

—Sé dónde está —cortó Derevaux—. Continúe, por favor.

—Entre como un cliente cualquiera, y colóquese ante una de las mesas al lado de una ventana. Me comprende, ¿verdad?

—¿Por quién tengo que preguntar?

Oyó una suave risita, y a continuación le llegó la respuesta:

—Por nadie, *monsieur* Derevaux. Yo misma me presentaré. ¡Ah!

Procure que no le sigan, cuando abandone la Embajada.

—¿Cree que me vigilan?

Ella volvió a reír.

—No lo sé con seguridad, pero puede apostar a que Morales no es ningún imbécil. El régimen de Castro tiene depositada toda su confianza en él. Y ahora, buenas tardes.

Cortó la comunicación antes de que Derevaux pudiera formular pregunta alguna, por lo que soltó el auricular sobre su soporte, y se sentó sobre el lecho.

Consultó el reloj.

Las seis.

La mujer que le telefoneara no había especificado la hora de la cita, pero calculó mentalmente que no debería ser antes de la noche.

Por tanto, tenía tiempo de cenar en la Embajada, tomar uno de los coches, y conducir hasta el bulevar del Pardo.

Derevaux lo hizo así.

Por tanto, eran las diez cuando abandonó el edificio por la puerta trasera, fue al garaje, empuñó el volante de uno de los automóviles, escogiendo uno que no llevara distintivo oficial alguno, y empezó a conducir, sumido, como siempre, en un violento mar de encontrados pensamientos.

480 del paseo de Martí.

Derevaux pasó por delante de la puerta, a poca velocidad, escudriñando los portales cercanos al club, y luego detuvo el coche media cuadra más allá.

Por espacio de varios minutos, estuvo observando a su alrededor, a través de las ventanillas, y finalmente abrió una de las portezuelas y descendió.

Empezó a andar.

Cuarenta y cinco segundos más tarde se encontraba frente a la acristalada puerta, sucia, polvorienta, y que apenas si dejaba ver, desde el exterior, lo que había más allá.

Tras una ligera vacilación, la abrió y entró.

Varias mesas y sillas, tanto o más sucias que la puerta, papeles, colillas de cigarrillos por el suelo, palillos de dientes, y en fin, polvo y más polvo.

La pista de baile, circular, donde la cera había desaparecido por completo para dar paso a la suciedad y, al fondo, con bombillas

rojas, o que deberían haberlo sido en su tiempo, la barra del mostrador.

Derevaux lanzó una mirada en torno suyo y luego, lentamente, se desvió hacia una de las mesas.

Había varias parejas en la semioscuridad reinante, entre arrullos de besos y caricias, y conversaciones en voz baja.

Junto a la mesa cogió una de las sillas y, sin tomarse la molestia de limpiarla, se sentó a esperar.

Una de las meseras, a la que no había visto, se le acercó.

Morena, de ojos grandes, profundos y negros, con una blusa escotada, y que no dejaba nada para la imaginación, y las magníficas piernas envueltas en las inedias de malla negra, mala imitación, en conjunto, de lo que era un *cabaret* o un club nocturno en Nueva York o en el propio corazón de París.

—¿Qué va a tomar?

Se expresaba en español.

Derevaux sonrió, trató de recordar algo de aquel idioma y, ante su impotencia, repuso en francés:

—¿Qué es lo que tienen? —preguntó.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Hay *whisky*. No es muy malo, pero tampoco tan detestable como para que se tenga que tirar.

—Traiga uno, ¿quiere?

La sonrisa de ella se amplió.

—¿Por qué no dos?

—¿Piensa acompañarme?

—¿Y por qué no?

—En ese caso, que sean dos —replicó Derevaux, y ella le dejó solo.

Cuando regresó a su lado, minutos después, fue para depositar los dos vasos sobre la mesa y sentarse frente a él.

—Antes no podíamos hacer esto —se explicó—. Es decir, alternar con los clientes. Ahora es otra cosa. —Lanzó una fugaz mirada a su alrededor y continuó—: Ya ve cómo está todo, ¿verdad?

Derevaux hizo una mueca, tomó el vaso y bebió lentamente hasta mediarlo.

—¿Y...? —preguntó.

La muchacha le miró a los ojos.

—Me llamo Alma González.

—Fue usted la que me llamó, ¿verdad?

—Sí, así es.

Alma dejó transcurrir varios segundos de silencio, antes de formular la siguiente pregunta.

Hasta que por fin se decidió:

—¿Del FBI o de la CIA americana?

—Diplomático.

Ella sonrió, casi alegremente.

—Me gustan los diplomáticos —dijo—. Lo demás no importa.

—¿Y qué es lo demás?

Alma bebió un poco y, al terminar, susurró:

—El número 697 del paseo del Malecón. No lo olvide.

—¿A qué hora?

—A las dos y media de la madrugada.

Instintivamente, Derevaux consultó su reloj.

—¿Hombre o mujer?

Alma terminó con el *whisky* de un trago y se puso en pie.

—Eso es algo que no sé, Derevaux, pero tenga cuidado. Ya le dije que Morales...

Dio media vuelta y empezó a alejarse, dejándole en la duda de llamarla o no.

Optó por lo segundo.

Bebió parsimoniosamente, por lo que, cuando abandonó el club, eran las doce y quince minutos.

Demasiado pronto aún.

Ya en el interior del coche, encendió un cigarrillo y lo puso en marcha.

Así, de este modo, lentamente, sumido igual que en todo momento en un mar de pensamientos, Derevaux deambuló de un lado para otro, recorriendo calles y más calles, tratando de recordar La Habana que conocía de antaño, para compararla con la que estaba viendo delante de sus ojos, y luego puso rumbo al paseo del Malecón.

* * *

Cuando abandonó la Casa Verde, Morales la estaba esperando en la puerta de la calle.

No le conocía.

A decir verdad, ni siquiera se dio cuenta de su presencia en el aeropuerto, por lo que pasó por su lado y empezó a andar, Avenida Quinta, hacia el hotel Central, donde pensaba alojarse hasta que los del partido lo tuvieran por conveniente.

Con el bolso en banderola, caminó por espacio de unas yardas, hasta que, de un modo repentino, oyó una voz a su lado:

—Un momento, *miss*...

Más que una recién comenzada frase era una pregunta, una invitación para que diera su nombre, y se detuvo, ladeando la cabeza para mirar.

—Perdone —y se llevó la mano a la gorra que le cubría la cabeza, con ademán harto embarazoso—. Me llamo Morales, y soy jefe de la policía de La Habana. Ella se volvió del todo, y él pudo ver que sus rojos y sensuales labios trazaban una dura línea, que se quebró justo en el momento en que empezó a hablar:

—Me llamo Jenny

O'Brien,

de Nevada, en Estados Unidos. Mido...

El levantó la mano, en señal de paz, y procuró sonreír.

—Perdone, *miss*

O'Brien

—repitió—, pero esto no es un interrogatorio.

Ella arqueó una ceja.

—¡Ah!, ¿no? —preguntó.

Morales se colocó a su lado.

—¿Puedo acompañarla a su hotel?

—¿Acaso puedo negarme?

—No; me temo que no.

Jenny no dijo nada y empezó a andar.

La esquina.

Morales la prendió del brazo, y ella perdió un paso, se detuvo y le miró.

—Escuche... —empezó.

El policía se llevó la mano a los labios, en demanda de silencio, y luego señaló el coche que había estacionado a pocas yardas del lugar donde se encontraban.

—¿Me acompaña?

—¿Por qué he de hacerlo?

Morales sonrió.

—Estoy loco por usted, pequeña —dijo, siempre hablando el inglés defectuoso que era su nota más característica.

—¿Le ocurre eso con mucha frecuencia?

—No, pero sí algunas veces.

—Y ésta es una de ellas, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Viene?

Había burla en sus ojos de sádico y Jenny dudó por espacio de varios segundos, hasta que por fin preguntó:

—¿Qué ocurrirá si le digo que no?

La sonrisa se borró de la boca de Morales.

—Nada, por el momento —dijo.

—¿Y después...?

—Quizá..., quizá... Escuche, *miss* O'Brien,

¿por qué no es una buena muchacha y me acompaña un rato?

—¿Y más tarde...?

—La dejaré en el hotel.

—¿Sin tratar de...?

—Estoy loco por usted, ¿comprende? —repitió Morales—. ¿Nos vamos?

Jenny dudó una vez más; finalmente, se encogió de hombros y se acercó al coche, se situó en el asiento contiguo al volante y esperó a que Morales lo pusiera en marcha.

No habló, no se movió, sencillamente esperaba a que el jefe de policía le formulara alguna pregunta, mientras se preguntaba adonde diablos iba a llevarla, a aquella hora.

Le miró de través.

«Maldito perro comunista», pensó.

Pero lo que dijo fue:

—¿Adonde me lleva?

Una vez más le vio sonreír.

—A dar un paseo, como le dije.

Poco más tarde, abandonaron la ciudad.

Jenny no lo sabía, pero Morales la estaba llevando al viejo cementerio de Matanzas, junto a la carretera de Viriel y La Habana. Fue entonces cuando Morales rompió el silencio con una pregunta:

—¿Qué piensa hacer en Cuba, *miss* O'Brien?

—Tratar de divertirme, si usted me deja, durante el tiempo que esté aquí, antes de ser repatriada. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Cuándo van a devolverme el pasaporte?

Morales tardó unos segundos en contestar:

—Hare lo que pueda... aunque esa cuestión no es mía, sino de los camaradas de la Casa Verde.

Volvieron a callar y, por segunda vez, fue Morales el que rompió el silencio, formulando una pregunta más:

—¿Qué sabe de un tal...? ¿Cómo se llama? ¡Ah, si! Pierre Derevaux. Jenny ladeó la cabeza y miro su perfil cubierto por la enmarañada y maloliente barba.

—¿Por qué cree que debo saber algo de él? Y a todo esto, ¿debo conocerle?

—Usted hizo el viaje con él, desde Miami hasta aquí.

—¿Y eso donde nos deja?

—Como azafata de ese vuelo, creí que podría darme una orientación al respecto.

—¿Qué clase de orientación?

Morales hizo una pausa y contesto:

—Cualquier cosa puede venirme bien.

—Bueno, en las listas de pasajeros figura como diplomático —le lanzo una mirada cargada de inocencia y pregunto—: ¿Acaso cree que sea otra cosa? ¿Uno de esos espías, de los que tanto se habla?

Morales la miro fugazmente y volvió a prestar atención a la carretera, dando la llamada por respuesta.

Estaban llegando.

Unos minutos mas tarde, detuvo el coche bajo un espeso grupo de árboles, corto el encendido del motor y se volvió a mirarla.

Jenny no parpadeo, cuando se vio escudriñada detenidamente y con todo descaro, de pies a cabeza por el cubano.

Espero, sin saber que.

Fue una pregunta, al parecer sin trascendencia alguna:

—¿Sabe donde nos encontramos?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —replico—. No conozco Cuba... ni La Habana.

—En el cementerio. Es decir se ratifico a si mismo, —es un viejo

cementerio.

Le miro como si estuviera loco, y Morales, comprendiendo, se echo a reír.

—¿Quiere decender del coche?

—¿Para que?

Sin dejar de reír, Morales replico:

—Quiero enseñarle algo muy curioso. Vamos, no me diga que tiene miedo. Los americanos jamás lo tienen.

Y había una nota de desprecio en su voz, que decidió a la muchacha.

Abrió la portezuela sin ayuda de Morales, y el vio la larga pierna derecha, en su totalidad, cuando salto fuera, sobre el césped.

—Cuando quiera —dijo.

Morales abandono el automóvil por la parte contraria adonde Jenny se encontraba.

—Venga —dijo suavemente.

Hizo ademán de tomarla del brazo, mas Jenny se aparto un poco.

Morales no dijo nada, pero frunció el ceño.

CAPÍTULO III

Detuvo el coche.

El paseo de Martí estaba completamente vacío, a aquella hora de la noche.

Apenas alumbrado, y sin que se viera coche alguno, incluso los «jeep» habían desaparecido.

Derevaux maldijo entre dientes.

Alma pudo haber sido más explícita en sus explicaciones; ni siquiera le había dicho si tenía que esperar en el interior del coche o entrar en el edificio cuyo número indicado se encontraba al alcance de su vista.

Se decidió.

Descendió del coche, cruzó la acera y lentamente se acercó al portal.

La voz surgió de las sombras:

—¿Derevaux?

—Sí, así es.

—Tome el volante y llévese el coche hasta la esquina inmediata, dóblela y déjelo allí. Luego, regrese a pie y suba al cuarto piso. Puerta tercera. No llame, pues la encontrará abierta.

No respondió.

Volvió la espalda, y llevó el coche de la Embajada hasta aquel lugar.

No vaciló cuando se encontró en el piso cuarto, frente a la puerta que ella le indicara.

Entró.

El pasillo estaba completamente a oscuras, pero allí, en la distancia, se veía brillar la luz por debajo de una puerta.

Derevaux encajó el pestillo de la que daba acceso a la escalera y empezó a andar, tanteando la pared.

La empujó, abriéndola de par en par.

La muchacha era morena, y tenía el largo pelo cayéndole sobre los desnudos hombros, con la cabeza vuelta hacia la puerta que acababa de abrir, observándole atentamente.

Una simple blusa y unos pantalones cortos, poniendo de manifiesto, casi en su totalidad, la magnificencia de sus esbeltas piernas.

—Entre y siéntese —dijo—. Vamos, no se quede ahí.

Derevaux cruzó aquel nuevo umbral y se dejó caer en uno de los sillones.

—¿Quiere beber algo?

Denegó con la cabeza.

—No, gracias.

Siguió un silencio, que ella rompió:

—Sabe quién soy, ¿verdad?

—Rosa Valencia, ¿no?

—Sí, así es.

—Según tengo entendido, es usted la amante de Morales, el jefe de policía de La Habana.

El hermoso rostro que tenía delante no se alteró.

—¿Cambia eso las cosas?

—Podría cambiarlas.

—Si fuera así, *monsieur* Derevaux, a estas horas ya estaría usted muerto.

Era cierto, y el francés lo sabía.

—Bien —repuso lentamente—; ¿cuánto pide?

—El equivalente a cincuenta mil dólares en billetes pequeños, y la seguridad de que me sacarán del país. Derevaux no dudó ni un segundo.

—De acuerdo. ¿Dónde están los papeles?

Rosa le sonrió.

—¿De veras cree que se los voy a dar ahora mismo? —preguntó.

—No, desde luego, no —repitió Derevaux—, pero quiero saber dónde.

—En un lugar seguro.

No había forma de convencerla.

Sabiéndolo, cambió de conversación con una pregunta:

—¿Por qué desea deshacerse de Morales, Rosa?

Ella le miró de frente, a los ojos, aturdiéndole con el inusitado brillo que había en ellos.

—Es un cerdo.

—Pero usted...

—Lo sé. Y otra cosa, eso también es algo que a usted no le importa,

Derevaux.

Se puso en pie y el francés la imitó, sabiendo que era una despedida.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Me pondré en contacto con usted, tal vez antes de que transcurran veinticuatro horas.

—¿Por el mismo conducto?

Negó.

—No, ni mucho menos. No sería conveniente.

Derevaux no contestó.

Así, en el más absoluto silencio, Rosa le acompañó a la puerta, cerró a su espalda y mientras Derevaux empezaba a descender hacia la planta baja, ella dio media vuelta y entró en el mal llamado *living*.

Se acercó al teléfono, levantó el auricular y marcó.

En la calle, Derevaux empezó a acercarse a su coche.

Al cruzar por uno de los portales, y cuando apenas si le faltaban seis o siete yardas para llegar, silenciosa como un felino, la sombra saltó sobre él.

El puñal brilló a la luz del alumbrado, lanzando un destello brillante, y luego descendió.

* * *

Vio las tumbas a través de la enrejada puerta y se estremeció.

El silencio era impresionante.

Morales se adelantó un paso y la empujó hacia dentro.

Los goznes chirriaron, y Jenny estuvo a punto de lanzar un gemido, pero se rehízo mediante un esfuerzo.

La estaba mirando, como si tratara de averiguar, por la expresión de su rostro, que tenía miedo.

Tragó saliva.

—¿Viene? Quiero mostrarle algo, que muy pocos han visto.

Jenny, incapaz de hablar, por el momento, asintió con un mudo gesto de cabeza y, notando que las piernas le temblaban, entró en el cementerio, llevando a Morales a su derecha.

El suelo estaba cubierto de una espesa alfombra de hojas secas, y el sonido de sus pasos se propagó de manera lúgubre en torno al camposanto, y, una vez más, se estremeció, sin poderlo evitar.

La voz de Morales, un tanto burlona, la sacó de sus meditaciones:

—¿Tiene miedo, *miss*

O'Brien?

—No.

Y en contra de lo que ella misma esperaba, su voz sonó completamente firme.

Continuaron avanzando entre una doble hilera de sepulturas, hasta llegar al final.

Morales se detuvo y, como una autómatas, la azafata le imitó.

No dijo nada; esperaba el final de aquella macabra broma, y se preguntaba si estaría tan loco como para eliminarla allí mismo, sin más ni más.

Nunca supo cómo lo hizo ni de dónde la sacó, pero, de un modo repentino, vio brillar el cono de luz de una interna.

—¿Le gusta eso? —preguntó.

De un modo instintivo, Jenny clavó los ojos en la lápida.

Un nombre, la fecha de un nacimiento, pero no la de la muerte.

La tumba de Morales, jefe superior de la policía cubana.

Le miró.

Estaba sonriendo.

—No lo entiendo... —empezó.

—Pues es fácil de comprender, *miss*

O'Brien.

Soy un tipo al que le gusta saber el lugar en que va a ser enterrado cuando se muera, o le maten.

—¿Nada más?

—Nada más —repitió Morales como un eco—. ¿Le parece poco?

Jenny contestó con otra pregunta:

—¿Y sólo para eso me ha traído aquí?

—Seguro que no —vaciló por espacio de unos segundos, y añadió

—: Tengo una pequeña finca, no lejos de aquí, en la carretera de Viriel. Apenas a una milla de distancia, como dicen ustedes, los americanos.

—¿Y...?

—Quiero llevarla ahí. De paso..., pues vine. Vengo algunas veces a contemplar todo esto, y pienso.

Dando de lado a todo lo demás, Jenny contesto a lo que le interesaba:

—¿Supóngase que le digo que no, Morales?

El dio un paso, alargó la mano y la prendió del brazo.

—Vamos fuera —dijo, tirando de ella—. Hablaremos por el camino.

Jenny no protesto por la confianza, pero sí repitió:

—¿Supóngase que le digo que...?

—En ese caso, *miss*

O'Brien,

no me culpe a mí si su pasaporte se retrasa un poco.

—Eso es chantaje.

Sin perder la calma, Morales respondió:

—Cierto que sí, pero usted nada puede hacer en contra.

No respondió.

Pensaba, mientras las tumbas iban quedando a su espalda y la enrejada verja aparecía delante de sus ojos.

Morales fue el que rompió el silencio cuando aquélla se cerró tras sus pasos.

—¿Qué ha decidido, Jenny?

Entonces la soltó y ella se volvió para mirarle fijamente a los ojos.

—De acuerdo. Vámonos.

Morales, en contra de lo que ella esperaba, no sonrió; se limitó a adelantarse unos pasos, a abrir la portezuela y entonces dijo:

—Suba.

Jenny lo hizo, Morales se colocó a su lado, frente al volante, y arrancó.

Empezó a conducir lentamente, en silencio, hasta que, de un modo repentino, soltó una pregunta:

—¿De verdad que no sabe nada con respecto a *monsieur* Pierre Derevaux?

—Ya le dije todo cuanto sabía. ¿Por qué?

—Sencillamente, porque me chocó que nombrara la palabra espía, querida.

Jenny ensayó una sonrisa.

—Fue una broma. Algo que... Bueno, es el típico humor americano.

Morales no contestó hasta que pasaron unos cuantos segundos más, y cuando lo hizo, Jenny se sobresaltó.

—¿Qué ocurriría si yo la enviara a un encuentro con él?

—¿Un encuen...? ¿Para qué?

—Es usted una mujer muy hermosa, y una simple azafata. Podría...,

podría encontrarse con unos miles de dólares extras, si hace las cosas bien.

—¿Qué propone?

—Derevaux se encuentra en la Embajada francesa, ¿comprende? El tiene, forzosamente, que conocerla. Preséntese a él, en forma casual y..., y... trate de averiguar a qué ha venido a Cuba.

—Si mal no recuerdo, fue forzado a venir, lo mismo que yo, y, con nosotros, todo el pasaje del avión, ¿no?

—Sí, así es. Pero me intriga él y el portafolios que lleva consigo. ¿Va a ayudarme?

—Supóngase que no es lo que usted cree, que está equivocado.

—Puede ser, Jenny.

—Si es así, ¿dónde quedo yo?

—En el mismo lugar, con unos cuantos miles de dólares en el bolso.

—¿Sólo por nada?

—Así es. Y su pasaporte. Abandonará La Habana tan pronto como haya terminado con su misión. Si no es en ese avión, en otro. En Cuba también los hay, querida.

—Lo supongo.

—¿Y...?

—Creo..., creo que voy a tener que pensarlo.

Morales la miró de través.

—Piénselo pronto, pero tenga en cuenta una cosa, Jenny; si piensa jugar con cartas marcadas, jamás regresará a Estados Unidos.

—¡Cree que no lo sé! —Hizo una pausa y repentinamente preguntó —: ¿Y mis compañeros de viaje?

—No se preocupe por ellos; están bien. A su compañera de vuelo... Me refiero a la otra azafata, la encontrará en el hotel Central. ¿Algo más?

Jenny le dedicó una sonrisa.

—Y de los dos secuestradores, ¿qué es lo que sabe?

—Han pedido asilo político a Castro, pero eso no es cuenta mía, sino de la Casa Verde.

Jenny estuvo a punto de formular una pregunta más, pero desistió.

Morales tampoco añadió nada más a lo dicho; continuó conduciendo.

El edificio era de dos plantas, con un descuidado jardín, lleno de polvo y telarañas en algunas partes, y Morales se excusó, apenas si

cruzaron el umbral.

—Está todo muy sucio, Jenny —dijo—, pero yo no puedo hacer más.

Ella no respondió, se limitó a dejarse conducir hasta la sala de estar, donde el jefe de policía le ofreció uno de los sillones.

Una vez se hubo sentado, la miró de pies a cabeza y exclamó:

—Tengo champaña francés. ¿Quiere?

Jenny dijo que sí con la cabeza y Morales añadió:

—Algunas veces me lo envían de esa Embajada. Ellos tienen que estar bien con nosotros, o los echaríamos de aquí.

Dio media vuelta y la dejó sola.

Cuando regresó a su lado, llevaba en la mano una botella y dos copas, que depositó junto a Jenny, la destapó y escanció licor.

Bebieron en silencio.

Al terminar, Morales se puso en pie y fue a sentarse en el brazo del sillón que ella ocupaba, y rodeó su talle con uno de sus brazos.

Jenny no dijo nada, pero ladeó la cabeza para mirarle.

La asquerosa barba del comunista se estaba acercando a ella, pulgada a pulgada, como si deseara retrasar hasta lo infinito el instante en que el beso se produciría.

Jenny abrió los labios y esperó.

El aliento de Morales le daba en la cara cuando hizo un esguince y se apartó, poniéndose en pie.

El policía se detuvo en seco, maldijo entre dientes y finalmente estalló:

—¿Qué cuernos significa esto?

Y dio un paso hacia ella.

CAPÍTULO IV

Al terminar de vestirse, se colocó las medias, los zapatos de alto tacón, lanzó una fugaz mirada al camerino y, satisfecha, abandonó el club por la puerta de atrás.

Desde uno de los portales, donde permanecía semi-escondido, Luzarov la vio salir, lanzó el medio consumido cigarrillo al suelo, lo aplastó con el tacón del zapato y empezó a andar tras ella.

La alcanzó justo en el momento en que llegaba a la esquina.

—Buenas noches —dijo.

Alma González se detuvo; luego le miró.

—Buenas noches —respondió—. Usted es Luzarov, ¿verdad?

—Soy Luzarov —repuso el ruso—. ¿Puedo acompañarte?

Sabiendo que no tenía otra opción, respondió:

—¿Hasta mi casa?

—Sí, así es.

—Tendrá que quedarse fuera.

El ruso se echó a reír.

—Nadie pretende lo contrario, muchacha. Sólo quiero acompañarte y, de paso, hacerte unas preguntas.

Sin responder, Alma empezó a andar.

Unos segundos más tarde, tenía a Luzarov a su lado, observándola detenidamente, escrutinio que duró más de treinta segundos.

Fue entonces cuando rompió el silencio, con una pregunta completamente inesperada para ella:

—Conoces a Rosa Valencia, ¿verdad?

Alma ladeó la cabeza para mirarle.

Se estaba preguntando sobre el posible significado de aquella pregunta, cuando el ruso añadió:

—¿No respondes?

—¿Y por qué no? Cierto que la conozco, y eso lo saben todos en La Habana.

—Incluso las relaciones que la unen a Morales, ¿verdad?

—Eso no es cosa mía, ni creo que de usted, Luzarov. No creo que le guste al jefe de la

G-2

que un extranjero vaya haciendo preguntas sobre él.

—Al parecer —dijo el ruso pensativamente—, eres una muchacha bastante lista.

Alma se encogió de hombros.

—No sé cómo soy —replicó—, pero digo lo que siento, Nada de esto me interesa.

—¿Ni los franceses?

Arqueó levemente una de sus cejas.

—¿Alguno en particular? —preguntó, a su vez.

Un «jeep» abarrotado de milicianos, que pasó velozmente junto a ellos, interrumpió la respuesta de Luzarov.

Pero repuso, tan pronto como éste se perdió de vista calle abajo:

—Un tal Pierre Derevaux.

El rostro de Alma se mostró impasible.

—¿Quién es?

—Un francés. Ya te lo he dicho.

—¿Y qué más...?

—Esta noche estuvo bebiéndose un *whisky* contigo, quiero saber lo que hablasteis los dos.

—¿Y se llamaba así?

—Sí, así es. ¿De qué fue?

—Quería pasar la noche conmigo, pero le despedí.

—¿Eso es todo?

—¿Puede haber algo más?

El ruso la miró de través.

—Eso es algo que no sé.

—Y trata de averiguarlo, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

Luzarov dejó transcurrir unos segundos de silencio.

—Porque los rusos también tenemos parte en esto. Alma se detuvo, y se volvió a mirarle de frente.

Tanto su rostro como sus ojos mostraban sorpresa, cando preguntó:

—¿Y qué es eso, si puedo saberlo? La verdad, Luzarov, es que no le entiendo a usted.

—¿No...?

—Escuche, ¿qué le parece si me dirijo a la Casa Verde y me pongo

en contacto con Morales?

—¿Para qué iba a hacerlo?

—Entre otras, para decirle que me molesta usted, que particularmente creo que me está haciendo unas preguntas que no son de su..., de su... incumbencia. Luzarov no contestó, de momento.

Pensaba, y al mismo tiempo se sentía furioso por la terquedad de Alma.

Cierto también que podía estar diciéndole la verdad, pero se mostraba reacio a creerla.

Era mucho lo que Moscú se estaba jugando en Cuba, y cualquier fisura inopinada podía dar al traste con todo.

Hasta que por fin respondió, con otra pregunta:

—¿Cree que adelantaría algo con eso, Alma?

La muchacha se encogió de hombros.

—Posiblemente, no. Pero ellos lo tendrían en cuenta para lo venidero. Usted no tiene derecho alguno a interrogarme, a pesar de que ha sido visto en unión de Morales y varios miembros más del G-2.

Siguieron andando, y los segundos pasaron por ellos como relámpagos.

Y una vez más, Luzarov lo rompió:

—En realidad, Alma —preguntó—, ¿qué fue lo que ocurrió con ese francés?

—Ya se lo dije.

—¿Es eso verdad?

La muchacha hizo un gesto de impaciencia.

—En realidad —le remedó—, ¿quién es ese francés por el que se interesa tanto?

—No lo sabemos. Por eso le estoy haciendo estas preguntas, que también van a hacerle dentro de muy poco... los del

G-2.

Tal vez la lleven a la Casa Verde para interrogarla, y eso no le va a gustar, Alma.

—¿Por qué han de hacerlo? Alma conoce a muchos hombres, y uno más... no tiene importancia.

—Tal vez sea cierto para usted, pero no para mi país y para el suyo, ¿comprende?

—No.

—Ese francés se hace pasar por diplomático; vino a Cuba en el interior de un avión que secuestraron. ¿Va comprendiendo?

—No. Le comprendería si me dijera, por ejemplo, que vino desde Francia directamente hasta aquí. Eso sí podría resultar sospechoso, según usted. Y dígame, Luzarov, ¿por qué esas sospechas?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

Ella se detuvo.

—Ésta es mi casa, Luzarov —dijo—. Buenas noches.

Se le acercó un poco y le ofreció los labios.

—Espero que nos veamos... sin más preguntas y en otro momento.

Las manos del ruso ya se encontraban en su cintura cuando terminó de hablar, por lo que el beso brotó espontáneo y violento.

Cuando se separaron, un largo minuto más tarde, Luzarov se limitó a decir lentamente:

—Creo, Alma, que me está ocultando algo, y quiero saber qué.

—No hay nada de eso, ¿entiende? Denúnciame, si cree que le estoy mintiendo. Ese diplomático, y cito sus propias palabras, entró en el club como pudo entrar en otro lugar cualquiera. Me invitó a un *whisky* y acepté. Luego..., no me agradaba para lo demás, por lo que bebimos nuestro *whisky*, le dejé solo y se marchó.

Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta, sin que el moscovita tratara de impedirselo.

La vio abrir, cruzar el umbral, cerrar a su espalda y desaparecer de su vista sin haber vuelto la cabeza ni una sola vez para mirarle.

Ya en el interior del portal, Alma subió hasta el tercer piso, entró, encendió las luces y luego pasó a su dormitorio, en sombras.

Se acercó a la ventana y miró, procurando no ser vista desde fuera.

En la acera de enfrente, Luzarov encendía un cigarrillo.

Los labios de Alma se crisparon.

—¡Maldito perro bastardo! —murmuró.

La estaba vigilando.

Eso era obvio para ella, y, por primera vez, se preguntó si el ruso no estaba obedeciendo órdenes de Morales para comportarse de aquel modo.

No, no era así; ahora se marchaba.

Empero, no abandonó la ventana hasta que le hubo perdido de vista.

Sólo entonces dio media vuelta, dejó el dormitorio, cruzó todo el piso y volvió a salir.

Tres minutos más tarde, abandonaba el edificio por la puerta trasera.

Buscó la siguiente bocacalle y, ya en la principal, empezó a andar, con el bolso en banderola, preguntándose in mente qué ocurriría si tropezaba por segunda vez con el ruso.

Vio el taxi cuando apenas si había recorrido cien yardas, y suspiró con alivio.

Viejo, renqueante, con ruido a chatarra, pero taxi al fin.

Lo detuvo, subió y dio la dirección, pero la de una cuadra antes de llegar al lugar de su verdadero destino.

Alma descendió en el sitio previsto y, procurando mantenerse en la sombra, continuó caminando durante unos cuantos minutos.

Entró en uno de los portales y esperó, luego de haber consultado su reloj de pulsera, calculando mentalmente que la persona que esperaba aún no había podido ingresar allí, ya que no tenía tiempo material para hacerlo.

Esperó. Su espera fue muy larga.

Mucho más de lo que hubiera deseado.

* * *

Vio la sombra, que apenas se desdibujaba en la acera, unas pulgadas por delante de él, y se apartó a un lado en el último segundo.

Y oyó el silbido del cuchillo al rasgar el aire, junto a su cuerpo, y entonces se volvió, enfrentándole.

Dio un traspíe al fallar el golpe; Derevaux aprovechó la coyuntura para tomarle de la muñeca armada, mientras le volvía la espalda, pasando el brazo sobre su hombro derecho, y luego lo estampó contra la pared, después de haberlo elevado por encima de su cuerpo.

El crujido de sus huesos, cuando se rompieron contra el estuco del edificio, le dio náuseas, justo en el momento que un apagado «ploff» llegaba hasta su oído.

El silbido del proyectil le hizo agacharse de manera instintiva y a continuación se lanzó al suelo de cabeza, buscando el puñal de su

primer atacante.

No estaba armado, no podía ni debía, por lo que, ocultando el cuerpo al siguiente balazo, tomó el puñal por la acerada hoja y, sin dejar de rodar, abandonó la acera y cayó contra el asfalto, en tanto que la cuarta bala levantaba chispas a su lado, tan pronto como tropezó con el suelo.

Derevaux no esperó más.

En el suelo, en una difícil postura, vio la figura que se le venía encima, y lanzó el puñal, que se hundió hasta la empuñadura en el pecho de su segundo atacante.

Un gorgoteo terrorífico y empezó a vacilar sobre sus piernas, mientras él se ponía en pie.

Cayó, revolcándose sobre la acera, sin soltar el arma que empuñaba, provista de silenciador, y finalmente quedó quieto, muerto.

Derevaux no se acercó, corrió hacia el coche, abrió la portezuela, se situó frente al volante y embragó, luego de dar el encendido.

Empezó a conducir, alejándose de allí a toda velocidad, que redujo un poco más tarde y tan pronto como comprendió que había pasado, aunque sólo fuera por el momento, el peligro para él.

A su espalda, quedaban los cadáveres de dos de los miembros del

G-2

cubano; dentro de su piso, Rosa Valencia.

Delante, la Embajada y las complicaciones que todo aquello podía acarrearle.

Media hora más tarde, daba vista al edificio y a algo más, a la mujer que en aquel momento abandonaba uno de los oscuros portales, y que empezaba a hacerle señas desde la acera.

Derevaux aplicó el freno y abrió la portezuela lateral derecha.

—¿Qué demonios...?

Ella le interrumpió:

—¿Podemos entrar ahí?

—¿En la Embajada?

—Sí.

—No, me temo que no. Por lo menos, tú.

Alma ya se encontraba dentro del coche cuando respondió:

—De acuerdo, Pierre, vámonos de aquí ahora mismo.

—Pero...

—Vas a llevarme a mi casa, ¿comprendes? Yo vengo de allí y...

—¿Qué diablos significa eso, pequeña?

Alma trató de sonreír.

—Vámonos —repitió—. Te lo explicaré por el camino.

Y se sorprendió a sí misma, al darse cuenta de que le estaba tuteando.

—¿Dónde es?

Le dio la dirección y, por tercera vez en poco tiempo, Derevaux puso el coche en marcha.

—¿Bien...? —preguntó, tan pronto como lo hubo hecho.

—Me están vigilando y tengo miedo.

Derevaux pensó rápidamente e inquirió:

—¿Quién?

—Un ruso. Un tal Iván Luzarov. De la Embajada soviética en La Habana.

—¿Qué quería?

—Me hizo preguntas respecto a ti. Al parecer, te vio entrar en el club y eso levantó sus sospechas.

—¿Qué le dijiste?

Alma se lo contó todo hasta el momento presente y añadió para terminar:

—Por eso voy a llevarte a mi casa.

—¿Para qué?

—¿Es que no lo comprendes? Escucha, Pierre, conozco, por desgracia, cómo trabajan los miembros de la

G-2,

y por eso deseo que estemos juntos cuando mañana vengan a interrogarme, que lo harán.

—¿Sí...? ¿Y qué les dirás?

—Sencillamente, que le mentí al ruso, que en el club le di la llave de mi piso y que me esperabas allí, cosa que a ese moscovita no le importaba ni poco ni mucho.

—Es una buena coartada, Alma. —Hizo una pequeña pasa y preguntó—: ¿Tienes teléfono?

—Sí, pero no lo uses. Tal y como están las cosas, creo que..., que... pueden haberlo intervenido.

Derevaux tardó unos segundos en contestar y cuando lo hizo, fue con un comentario:

—Lo que no me explico es por qué sospechan de mí. Vine, como

todos saben, en un avión que dos individuos secuestraron en pleno vuelo. Por tanto, si me encuentro en La Habana, es contra mi voluntad.

Alma dio la callada por respuesta.

Ya no habló hasta que se encontraron frente a la puerta del edificio donde tenía instalado su piso.

—Deja el coche aquí, bien visible —dijo.

—¿A qué conduce eso? Ese Luzarov no lo vio cuando vino contigo, ¿verdad?

—No; desde luego, no. Pero yo diré lo contrario. Y si mucho me apuras, incluso que me amenazó cuando me hizo una propuesta y le dije que..., que... esta noche no estaba libre. Por tanto, siendo un cerdo, nada hay de extraño que les mintiera en lo referente a tu coche.

Derevaux se echó a reír.

—Me temo, querida —dijo, enlazándola por la cintura, tan pronto cruzaron el umbral—, que le vas a meter en un lío.

—No más grande que el que trata de meterme a mi.

Entraron. Alma le llevó a la sala de estar.

—¿Y ahora...?

—Si quieres algo para beber...

Derevaux consultó el reloj.

—Es tarde —dijo—. Más de las tres de la madrugada.

—Y estás cansado, ¿verdad?

—Sí, así es.

Ella dudó un poco y Derevaux, creyendo comprender, añadió:

—Trae un par de mantas, dormiré en el sofá.

—No tienes necesidad de hacerlo.

No lo hizo.

CAPÍTULO V

Veinticuatro horas más tarde del secuestro del avión, Joe Donkey entró en el hotel Central, lanzó una fugaz mirada a su alrededor, hizo una mueca despectiva con los labios, que nadie vio, y, atravesando el *hall*, se encaminó a la puerta que daba acceso al bar.

Dos personas y el barman.

Y a las dos las conocía.

Una de ellas ya le estaba mirando, con los ojos helados y un frunce en sus rojos y sexuales labios.

Donkey era moreno, de tipo atlético, de ojos negros y de estatura algo superior a la normal.

Usaba sombrero gris, del mismo color que el traje, y que se quitó tan pronto como sus ojos resbalaron sobre la explosiva figura de la pelirroja minifaldera, desde la altiva cabeza hasta los pequeños pies calzados con zapatos de alto tacón.

Sin medias y mostrando a la luz un morado más que regular en la rodilla.

Donkey los desvió para mirar al otro.

No más alto que lo normal, rubio, con grandes entradas en las sienes, ojos pardos, y vistiendo un traje oscuro de irreprochable corte, que pregonaba a mil millas de distancia que había sido confeccionado por un buen sastre.

Algo que desentonaba completamente en La Habana, por lo menos en aquella época.

Se encontraba sentado en la barra, sobre uno de los taburetes, y tenía frente a sí un vaso de licor.

Posiblemente, vodka.

No había que olvidar que los rusos se encontraban en Cuba, exactamente como si estuvieran en su casa.

Donkey le estaba mirando, pero sus pasos, de una forma que parecían obrar en contra de sus deseos, le estaban acercando a la pelirroja.

Se detuvo muy cerca y la miró.

Empezó a hilvanar una excusa:

—Supongo que no me creará si le digo que lo siento, ¿verdad?

—Desde luego, no.

Voz fría, sin matices, que nada le decía.

—No obstante, no tuve más remedio. Si usted hubiera gritado cuando saqué la pistola en el avión, las cosas se hubieran desarrollado de otro modo.

—Supongo que quiere decir que ahora no nos encontraríamos en La Habana, ¿verdad?

—Sí, así es.

Ella se puso en pie.

—Buenos días —dijo.

Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta.

Donkey la alcanzó antes de que lograra cruzar umbral.

—Espere.

Se detuvo y se volvió para mirarle.

Sus ojos estaban aún más helados que en un principio.

—¿Algo más? —preguntó, mordaz.

—Quiero explicarle...

La pelirroja le interrumpió, mientras empezaba a andar en dirección a la escalera.

—Algo que no la tiene, ¿verdad?

—Tal vez sí.

—Ningún traidor la tiene.

—Creo que..., que está hablando demasiado alto.

—¿Y eso le preocupa? —Se echó a reír—. No me gusta Cuba, no me gusta nada de lo que estoy viendo, y mucho menos La Habana. Diga, ¿qué hizo? Pedir asilo político, traicionando a Estados Unidos. Me da usted tanto asco como todos ellos.

Se adelantó unos pasos y empezó a subir.

Donkey se quedó allí, con los ojos fijos en sus piernas desnudas, pensando.

Hasta que, de un modo repentino, dio media vuelta y se acercó al bar.

Sullivan formuló una pregunta, tan pronto como le tuvo a su lado:

—¿Cómo te fue con la pelirroja, Joe?

Donkey ensayó una sonrisa.

—Mal —repuso escuetamente.

Sullivan se echó a reír.

—¿Acaso esperabas que té recibiera con un abrazo y un beso? —preguntó.

—Desde luego, hubiera sido lo mejor —guardó silencio unos segundos. Luego añadió—: ¿Qué sabes de la otra?

—Sólo que se llama Jenny

O'Brien.

—¿Dónde está ahora? ¿Arriba?

El ceño de Sullivan se frunció:

—Nada de eso. Según he podido averiguar, tenía que haber venido anoche y no ha sido así.

—Tal vez la detuvieron en la Casa Verde.

—¿Por qué tenían que hacerlo? Ella no es nada más que una simple azafata.

—Pero americana, no lo olvides. Y aquí, en Cuba, a los americanos no se nos quiere.

—Nosotros lo somos.

—Sí, claro, y entre otras cosas, secuestradores aéreos, ¿no?

Se volvió al barman, pidió *whisky*, que le sirvieron de inmediato, y después de beber un poco dijo:

—Creo que voy a hacer una visita.

—¿La pelirroja?

Le miró de frente.

—Es lo que estoy pensando —replicó.

—Y te meterás en dificultades. Ese tipo, Morales, no me gusta ni poco ni mucho, ¿comprendes?

—Lo sé.

Terminó con el licor, abonó la consumición de los dos, abandonó el taburete y añadió:

—Nos veremos luego, Buck.

Sullivan no respondió, pero le siguió con la vista hasta que le vio desaparecer tras la puerta.

Acto seguido, prestó atención a su vaso.

Pensaba.

* * *

En la soledad de sus habitaciones, en la Embajada, Derevaux meditaba en todo lo ocurrido la noche anterior.

Nadie le había molestado cuando, al día siguiente, abandonó los brazos de Alma y su piso, y aquello, según las propias palabras de la muchacha, no se lo explicaba, ni mucho menos.

En contra de todo lo supuesto, ningún policía trató de impedirle su vuelta a la Embajada, y eso que por el camino se tropezó con varios de los «jeep» que patrullaban la ciudad, de un lado a otro.

Supo que se equivocaba, varios minutos más tarde, cuando llamaron a la puerta.

Sin saber por qué, aquella llamada no le agradó, y ahora sí que no sufrió equivocación alguna.

—Adelante —dijo—, está abierto.

La empujaron, y en el umbral quedó enmarcada la figura, ya de alguna edad, de Jean la Croix, secretario del embajador.

Llevaba en la mano un papel doblado, que le entregó, después de haber cruzado el umbral.

—Lo han traído hace unos minutos, Pierre —dijo.

Derevaux frunció el ceño.

—¿Y...?

—No lo he leído, pero la nota proviene de la Casa Verde.

Lentamente, desdobló el papel y lo leyó.

Una nota cortés, aunque llena de faltas de ortografía, por mediación de la cual le rogaban que se presentara en el cuartel general de la G-2.

Derevaux se puso en pie y, con un ademán de saludo para La Croix, abandonó las habitaciones y salió fuera.

Empuñó el volante y condujo hacia la Avenida Quinta.

Un uniformado miliciano le condujo a través de los largos corredores hasta un despacho en cuya puerta se detuvo.

—Espere un momento, *monsieur* Derevaux —dijo en detestable francés.

Lo hizo.

Fue muy poco, cuestión de uno o dos minutos, y de nuevo le vio frente a él.

—Puede pasar.

Derevaux cruzó el umbral y les enfrentó.

Morales y otro más al que no conocía.

De los tres, fue el jefe de policía el que primero tomó la palabra:

—Sabía que nos volveríamos a ver, *monsieur*, pero nunca creí que

sería tan pronto. ¿No se sienta?

Derevaux lo hizo, y entonces presentó:

—Mi amigo Iván Luzarov, de la Embajada soviética en La Habana.

—¿Y...?

A su conato de pregunta, siguieron varios segundos de silencio, que Morales rompió con una pregunta:

—¿Dónde conoció a Alma González?

Derevaux les miró alternativamente.

—¿Alguna razón especial para que me hagan esa pregunta?

—Perdone, *monsieur* Derevaux —atajó Morales—, pero las preguntas las hacemos nosotros. ¿Y bien...?

—En un club. Dijo que trabajaba como mesera.

—¿Y qué más?

Derevaux frunció el ceño.

—La invité a un *whisky*, me dio la llave de su piso y me fui a esperarla allí.

—¿Es ésa su versión de los hechos?

Derevaux miró al ruso.

—¿Debo también contestar a sus preguntas? —inquirió.

—Por el momento, sólo a las mías —interrumpió Morales.

Desvió los ojos hacia él.

—Ésa es mi versión de los hechos, que no es sino la verdadera, Morales. Me gustó la muchacha, y nada más. Creí que en La Habana no estaba prohibido el amor. ¿O sí?

Se puso en pie.

—¿Puedo irme ya?

En contra de lo que esperaba y ante el estupor del propio Luzarov, Morales se inclinó levemente y contestó:

—Desde luego, sí. Perdone que le haya molestado, pero tenía que comprobar la declaración de Alma. ¡Ah! Otra cosa, adviértanos cada vez que abandone la Embajada. Por ejemplo, ¿quiere decirme qué va a hacer cuando salga de aquí?

—Darme una vuelta por La Habana, y tal vez luego, más tarde, vuelva a hacerle una visita a Alma.

Morales no contestó, por lo que Derevaux dio media vuelta y abandonó el despacho, dejándoles solos y frente a frente.

—¿A quién diablos...?

Morales le interrumpió con un gesto.

—Déjeme llevar este asunto a mi modo, ¿comprende? —dijo.

No esperó respuesta, dio media vuelta y también abandonó el despacho, dejando al ruso completamente solo y maldiciendo entre dientes.

En el interior de su piso, Rosa Valencia saltó fuera de la ducha, se envolvió en una salida de baño, cruzó su dormitorio, el *living* y fue a la puerta de la calle.

Abrió.

—¡Tú!

Morales arqueó una ceja.

—¿Acaso esperabas a otro?

—¿Y por qué no?

Le gustaba ponerle furioso hasta el paroxismo, y aquél era un modo como otro cualquiera, pero se equivocó, ya que el semblante de Morales permaneció inexpresivo.

No es que pudiera verlo con absoluta claridad, a causa de la poblada barba, pero lo notó en sus ojos, que no cambiaron de expresión.

—Pues vine yo —repuso.

—Sí, ya lo veo.

Siguió un pequeño silencio, que el jefe de la

G-2

rompió con una pregunta:

—¿Piensas dejarme en la puerta?

Rosa le mostró los blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—Seguro que no, querido.

Se apartó y Morales cruzó el umbral.

Se enfrentaron en el *living*. Allí fue cuando preguntó:

—¿A quién esperabas, Rosa?

—A nadie, y te digo la verdad. Siéntate, ¿quieres?

Lo hizo, sin dejar de observarla fijamente.

—Rosa...

—¿Sí...?

—Quisiera hacerte unas preguntas.

La sonrisa se borró de los labios de la muchacha.

—¿Más preguntas? —inquirió—. ¿Es que crees que yo sé todo lo que pasa en La Habana?

—Todo, no; pero sí gran parte de ello, querida —repuso Morales,

sin descomponerse.

—De acuerdo. ¿Qué es ello?

—Anoche mataron a dos policías cerca de aquí.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso?

Ahora le tocó sonreír a Morales.

—Nada, pero pudiste oír algo. ¿Fue así?

Rosa se dejó caer en el sillón, frente a él, y la salida del baño se abrió por el centro.

Morales desvió los ojos en otra dirección.

—¿No respondes, Rosa? —preguntó.

—No oí nada.

—¿Y tampoco tienes nada que contarme?

Ella le miró pensativamente.

Le conocía demasiado bien para saber que si había ido allí, a aquella hora, a visitarla, era con un fin premeditado.

Otra cosa hubiera sido, de ser completamente de noche.

—Tuve una visita —dijo suavemente.

—¿Hombre o mujer?

Rosa dejó transcurrir unos segundos de silencio, pensando que tal vez los dos policías muertos hubieran seguido a Pierre Derevaux desde su Embajada hasta allí.

—Fue un hombre —replicó—. Un francés.

El rostro y los ojos de Morales continuaron sin alterarse.

—¿Derevaux...?

—Sí, así es. Por lo menos, ése es el nombre que me dio.

Morales dejó transcurrir un largo silencio, antes de formular una nueva pregunta:

—¿Qué quería?

—Oyó hablar de mí... como tu amiga particular y quiso saber si era cierto.

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

—¿No...?

Ella frunció el ceño y sus negros ojos brillaron.

—Te he dicho que no —dijo—, y no miento, ¿comprendes? Cierto que le pregunté al respecto, pero me dijo que perdonara, que ya se pondría en contacto conmigo más adelante.

—¿Esperas que crea eso, Rosa?

—No; desde luego, no. A ti, como a todos vosotros os cuesta trabajo creer la verdad que os dicen los demás.

Morales no contestó.

Pensaba.

Hasta que, de un modo repentino, tradujo todos sus pensamientos en una simple pregunta:

—¿Por qué le abriste la puerta?

La sonrisa de Rosa le descompuso.

—Me gustan los hombres. Eso, para ti, no es ningún secreto. Pero no ocurrió nada, quizá porque, en contraste, no me gustaron sus preguntas.

Como impulsado por un muelle. Morales se puso en pie.

—¡Un día te voy a romper la...!

—Tú no vas a hacer nada de eso —repuso ella fríamente—. No tengo un contrato contigo, ¿comprendes? No lo tuve nunca y..., y...

¡Ni siquiera sé cómo te aguanto!

—Tal vez porque tú y yo seamos..., seamos... Estamos podridos, Rosa. Y quizá por eso nos entendamos la mayoría de las veces.

Ella, sin responder, se acercó y le ofreció los labios.

Dos horas más tarde, Morales abandonaba la casa.

CAPÍTULO VI

La propia Alma le abrió la puerta, tan pronto como hundió el dedo en el botón del zumbador.

—Vamos, pasa y no te quedes ahí —fue lo que dijo, apenas si le vio frente a ella.

Derevaux cruzó el umbral.

—No te esperaba. Por lo menos, no hasta la noche. Quedamos en que nos veríamos en el club, ¿no?

—Me aburro en La Habana, muchacha. Por eso vine.

—Es lo más agradable que he oído en mi vida —repuso ella, burlona—. Anda, siéntate, mientras te preparo algo de beber.

Derevaux lo hizo.

No había ido allí para nada en particular, a no ser con el expreso deseo de seguirle el juego a Morales.

Sabía positivamente que el cubano jefe de la policía sospechaba de él como autor de la muerte de dos de los miembros del

G-2.

Dos que, a su vez, llevaban la orden de eliminarle, si hacía cualquier movimiento falso o sospechoso en La Habana.

Le siguieron, sin dejarse ver, hasta el piso de Rosa Valencia, y al salir...

Había sido interrogado en la Casa Verde, en un lugar del que jamás, una vez dentro, se salía, y él lo había hecho.

Comprendía el juego de Morales.

Se sentía intrigado por su actuación desde que se personara en la Embajada francesa, y trataba de averiguar qué motivos lo guiaban, primero al visitar el club donde trabajaba Alma; luego, la casa de su amante.

Sospechó de él sin causa alguna, sólo por llevar pasaporte diplomático.

El secuestro del avión no hubiera significado nada para Morales y los demás miembros del

G-2,

contando a aquel ruso, si se hubiera quedado en la Embajada, sin

salir a la calle para nada, en espera de la orden de partida para Estados Unidos.

Pero no lo había hecho y ahora las simples sospechas se habían convertido poco menos que en una absoluta certeza.

Y sin «el poco menos».

Recordó a Rosa y sus palabras finales, cuando se despidió la noche anterior. Se pondría en contacto, y aquél era el final de todo, o por lo menos debería serlo.

Miró el teléfono.

No sabía cuál era el suyo y sospechaba acertadamente que le telefonaría a la Embajada.

Por otra parte, de saberlo, jamás se le hubiera ocurrido llamarla a su casa, pues no sabía quién podía encontrarse con ella en un momento determinado.

Hasta el propio Morales.

El grácil taconeo de Alma le hizo desviar sus pensamientos por otros derroteros y la miró.

Dos altos vasos, más que mediados de *whisky*, y su sonrisa.

Tomó uno, preguntando ya:

—¿Es de fiar? ¿Lo sabes tú?

Alma, entendiéndole perfectamente, respondió:

—Es la querida de Morales, Pierre. Eso es todo lo que te puedo decir. En cuanto a la muerte de esos dos policías —él se lo contó la noche anterior—, tendrás que tener cuidado. A estas horas, y más si, como sospecho, te estaban siguiendo por orden de Morales, los del

G-2

te habrán sentenciado a ti también.

Derevaux sabía que aquello era verdad y no respondió de momento. Se limitó a llevarse el vaso a los labios y bebió lentamente hasta mediarlo, mientras ella, a su vez, le imitaba.

Al terminar, contestó:

—Lo sé —fue lo que dijo.

—¿Y no te preocupa?

—¿Y a ti?

Ella le sonrió.

—No, ni mucho menos.

—En ese caso...

Alma le interrumpió.

—No sigas, Pierre, que te comprendo.

También era verdad.

Alma no era agente secreto de ningún país extranjero, no pertenecía al CIA americano, no militaba en ningún bando más o menos remunerado.

Era, sencillamente, una patriota que odiaba tanto o más que él mismo aquel régimen comunista, que estaba, mejor dicho, que había convertido a Cuba en un infierno.

Ella, como otros muchos, estaban dispuestos a ayudarle.

Bastaría una palabra suya para que lo hicieran así, pero no pensaba pronunciarla; su conciencia no le dejaba enviar a los hombres o mujeres a una muerte cierta, si eran descubiertos.

—Lo sé —repitió por segunda vez. Y añadió, tras una ligera pausa que ella no interrumpió—: ¿Estuviste en la Casa Verde?

—No. Fueron ellos los que vinieron aquí.

—¿Y...?

—Al parecer, estaban vigilando la casa. Sospecho que, luego de lo ocurrido cerca de la de Rosa, empezaron a patrullar las calles, vieron tu coche ahí fuera y lo demás fue fácil. Esperaron a que te marcharas y entraron.

—¿Les conozco yo?

—Lo dudo. Uno era un ruso. Un tal Luzarov, uno de los miembros del

G-2.

—¿Qué ocurrió?

Alma se echó a reír.

—Nada, Pierre. Querían saber... una vez más, lo que ya me preguntara el ruso que me acompañó hasta aquí, según te expliqué. Les dije parte de la verdad; que tomamos un *whisky*, que te di una llave y que pasamos la noche juntos. Se fueron..., pero no me gustó la expresión de ese sucio comunista.

—¿El ruso?

—Sí. ¿Sabes?; pertenece a la Embajada soviética de La Habana. Tiene casi tanta fuerza como el propio Morales. Yo, en particular, le tengo mucho más miedo que al jefe de la policía.

Derevaux se puso en pie; ella le miró con la decepción pintada en su bello rostro color aceituna.

—¿Ya te marchas? —preguntó.

Denegando con la cabeza, se acercó al teléfono, levantó el auricular y marcó.

La Croix se puso al otro lado del hilo y Derevaux oyó claramente su suspiro de alivio, cuando le oyó hablar.

—Es mejor que venga para acá lo más rápidamente posible —dijo—, si es verdad lo que sospecho, Pierre.

—¿Y qué es lo que usted sospecha?

—Anoche, muy cerca de la casa de Rosa Valencia, mataron a dos policías, ¿comprende?

—Y usted quiere saber si lo hice yo o, en su defecto, si sé algo de esto, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Fui yo, desde luego.

—Es lo que me temía. ¿Desde dónde me llama?

—Estoy en lugar seguro. La Croix —repuso Derevaux—. No se preocupe por eso.

No era verdad, ni mucho menos, pero La Croix no lo sabía.

—¿Va a venir?

Contestó con otra pregunta:

—¿Hay algo nuevo? ¿Alguna llamada?

Se hizo el silencio, que duró unos cuantos segundos hasta que La Croix lo rompió:

—Llamó Rosa Valencia, Pierre.

—¿Y...?

—Me dio un número de teléfono. Dijo que la llamara allí, tan pronto como pudiera.

—¡Démelo!

—Pero...

—Démelo, La Croix.

Lo hizo. Derevaux tomó nota y preguntó:

—¿Hace mucho que me llamó?

—Menos de media hora.

—Gracias.

Y cortó la comunicación sin esperar respuesta, depositó el auricular sobre su soporte y se volvió a mirarla, encontrándose con los ojos intensamente negros de la cubana, fijos en los suyos.

—¿Quién era? —preguntó—. Es decir, ¿a quién llamaste?

—A mi Embajada. Rosa Valencia dejó un número telefónico para mí.

Alma guardó silencio por espacio de unos segundos, y luego respondió:

—Creo que lo mejor será que te pongas en contacto con ella desde un teléfono público, si es que encuentras alguno que sirva.

Derevaux no preguntó el motivo de aquella petición, casi lo sospechaba, y lo sentía por Rosa Valencia.

Si el teléfono de Alma estaba intervenido, Rosa iba a pasar un mal rato, a pesar de Morales.

No obstante, por lo menos desde allí, no la llamaría, con lo que ella podía decir que no se puso en contacto con él, o cualquiera sabía qué.

Lentamente, empezó a andar hacia la puerta y Alma fue detrás, alcanzándole justo cuando se disponía a salir.

—¿No vas a darme un beso, Pierre?

El francés forzó una sonrisa.

—Cierto que sí, *ma chérie* —dijo, inclinándose sobre sus labios.

Cuando la caricia terminó, habían transcurrido un par de minutos y, de los dos, fue Alma la que preguntó:

—¿Nos veremos esta noche?

—¿Lo deseas tú?

—Sí.

Derevaux no sabía si aquello podría ser o no, pero dijo que sí y salió.

Sobre la acera, miró a su alrededor.

No había ni un solo policía y a todo lo largo de la misma, en ambos sentidos, tampoco se divisaba uno de los clásicos «jeep» de fabricación soviética; aquello aún le gustó mucho menos que si los hubiera habido.

Empezó a andar en dirección a su coche, subió, lo puso en marcha y empezó a conducir, tratando por todos los medios de averiguar si era o no seguido.

No vio a nadie. Aquello tampoco se lo explicaba.

Finalmente, lo detuvo frente a una cabina telefónica y, recordando las palabras de Alma, entró y levantó el auricular.

Tuvo suerte, ya que el teléfono funcionaba.

Marcó.

—¿Dígame...?

—Rosa Valencia.

No la había oído más que una vez, pero estaba seguro de reconocer aquella voz suave, aterciopelada y acariciante, sensual.

—Derevaux —respondió en tono quedo.

Hubo un silencio, que no por pequeño se le antojó menos pesado, y Rosa preguntó:

—¿Tiene los billetes?

—Sí, así es. ¿Y esos pape...?

—Todo a su debido tiempo —cortó Rosa—. Todo a su debido tiempo —hizo una nueva pausa, que Derevaux no interrumpió, y añadió—: Tome su coche esta noche, a las doce; conduzca por el túnel del puerto hacia el Castillo del Morro, ¿comprende?

—Sí, así es.

—Vaya solo. Le estarán esperando un poco antes de llegar, en el centro de la curva que hay un poco más allá del kilómetro cuarenta.

—¿Nada más?

—Sólo lo que le dije, Derevaux. Lleve esos billetes y vaya solo o, de lo contrario, jamás tendrá lo que vino a buscar a La Habana.

Cortó la comunicación antes de que pudiera formular una nueva pregunta y, lentamente, hizo lo propio y abandonó la cabina.

De nuevo empuñó el volante y empezó a conducir, alejándose de allí a buena velocidad.

Pensaba en Morales, mientras conducía.

* * *

En la barra, Buck Sullivan miraba el fondo del vaso como si de allí esperara ver surgir cualquier clase de inspiración para lo sucesivo.

En la escalera, peldaño a peldaño, Donkey continuaba su ascensión hacia el piso donde la pelirroja tenía sus habitaciones.

Finalmente, se detuvo frente a la puerta, vaciló un poco y luego llamó con los nudillos.

Escuchó.

Unos zapatos de tacón.

Se preparó, justo en el momento en que ella abría la puerta.

—¡Oh!

Empujó, lanzándola un par de pasos hacia atrás; traspuso el umbral

y cerró a su espalda.

—¿Había necesidad de todo esto? —preguntó ella.

Donkey no dijo nada, se acercó a uno de los sillones y se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra.

—Quiero hablar con usted —dijo—, y no creí que me dejara entrar.

—Y está en lo cierto —repuso ella—; no lo hubiera hecho... y aún ahora, no sé si gritar o llamar por teléfono a la dirección.

—Le aconsejo que no haga ninguna de las dos cosas, querida.

—¿No...? ¿Va a golpearme si lo intento?

—Ni mucho menos. Me limitaré a decirle a Morales que usted es una agente de la CIA norteamericana. Dígame, ¿dónde lleva las instrucciones? ¿En los elásticos?

La pelirroja se miró los muslos desnudos.

—Ni siquiera llevo medias —dijo.

—Entonces...

De un modo repentino se dejó caer en el otro sillón y se echó a reír.

—Me hizo daño en la rodilla.

—Lo sé.

—Y, ¿siempre se muestra tan rudo con las personas?

—No siempre, pero no había más remedio, Jessica Burdon, ¿verdad?

—Así es, Joe. Es ése su nombre, ¿verdad? —Y añadió mucho antes de que Donkey lograra pronunciar palabra—: Vi su nombre en la lista de pasajeros.

—¿Y bien...?

—Bien, ¿qué?

Donkey dejó transcurrir unos segundos de silencio.

—Déme esas instrucciones, muchacha. Sé que tenía que establecer contacto con usted, pero nada más.

Por segunda vez, Jessica se echó a reír.

—¿Me creería si le dijera que no sé de qué me habla?

—No.

Ella se puso en pie.

—Está perdiendo el tiempo, Donkey —dijo fríamente—. ¿Agente del CIA...? Si no resultara tan ridículo, incluso me parecería risible.

Lenta, muy lentamente, Donkey la imitó y ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos, hasta que el propio Donkey rompió el silencio.

—Escuche, pequeña víbora —dijo, mordiendo las palabras—, algo se está cociendo en La Habana y ambos sabemos qué es. Ahora quiero esas instrucciones, ¿comprende? Cualquiera pagaría en oro un montón de...

Jessica se le acercó lentamente y al ver su movimiento, Donkey se interrumpió.

—¿Qué me propone? ¿Traicionar a Estados Unidos por Cuba? Es usted un cerdo.

Corrió hacia la puerta.

Con una maldición, Donkey fue detrás y la alcanzó antes de que lograra abrirla, prendiéndola de un brazo, y luego la obligó a volverse.

Jessica se debatió en ellos y sus uñas le marcaron el rostro, dejando varios surcos sangrientos en sus mejillas, y fue en aquel momento cuando él perdió los nervios.

La bofetada alcanzó a la muchacha a un lado de la cara y la envió dando vueltas sobre sí misma hasta el centro de la habitación, donde cayó al suelo.

Donkey murmuró algo entre dientes, que no se entendió, y empezó a acercarse a ella, justo cuando, sin una sola vacilación, la mujer llevaba las manos a los senos.

Saltó; el chispazo de humo y fuego le sorprendió cuando iba por el aire.

CAPÍTULO VII

Igual que en todo momento. Derevaux detuvo el coche detrás del edificio de la Embajada francesa y entro, utilizando la puerta posterior.

La Croix le recibió en su despacho.

—¡Gracias a Dios! —dijo al verle—. Creí que..., que...

—Que iban a liquidarme antes de que llegara aquí, ¿no? —completo él.

—Confieso que es así, Pierre. ¿No se sienta?

Derevaux lo hizo frente a él y por espacios de varios segundos el silencio reino entre los dos.

Lo rompió La Croix.

—Tengo órdenes de no dejarlo salir de aquí, ¿comprende? Esta noche le recogerá un automóvil con el distintivo de nuestra Embajada y le sacara de La Habana.

Derevaux dejó que una sonrisa se perfilara entre sus delgados e incoloros labios.

—Me temo que eso no va a poder ser —dijo con perfecta calma.

La Croix arqueó una ceja.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Tengo una cita a las doce. O a las cero horas, si lo prefiere así.

—¿Rosa Valencia?

—Si.

—¿Dónde será la cita?

Dando la impresión de que no le había oído, Derevaux formuló otra pregunta:

—¿Tiene esa cantidad?

—La tendremos para mucho antes de las doce de la noche. En cuanto a la cita...

—Olvídela, La Croix —cortó suavemente—. Debo ir solo, y será así.

—Eso puede ser la muerte para usted y no voy a permitirlo.

—Una vida no significa nada, en un caso como éste La Croix —repuso Pierre—. Ni la mía. Es mucho lo que nos estamos jugando en esta partida. Nosotros y el mundo entero. Me entiende, ¿verdad? —

Hizo una pausa que el otro no interrumpió, y preguntó al cabo de varios segundos de silencio—: ¿Qué sabe de Joe Donkey y Buck Sullivan?

—La radio dio la noticia de que habían pedido asilo político.

—¿Y...?

—Ahora andan por La Habana, completamente sueltos... en lo que pudiéramos llamar vigilancia condicionada, hasta que les sea concedido.

—Que será así, ¿verdad?

—¿Acaso esperaba otra cosa, Derevaux?

El francés se echó a reír.

—No —respondió—. Confieso que no. Era de esperar siendo Cuba lo que es hoy.

Siguió un nuevo silencio, que La Croix rompió:

—¿Qué piensa hacer de aquí a la noche?

Pierre se encogió de hombros.

—No lo sé. Posiblemente, descansaré un rato y...

—Es muy posible que..., que yo pueda proporcionarle una diversión para estas horas.

Sin hacer caso de sus palabras, replicó:

—¿Ya no desea que me quede aquí, sin moverme, por tiempo indefinido?

La Croix sonrió.

—Más que nunca. Pero con discutirlo con usted, no adelantáramos nada.

—En ése, caso...

La Croix le interrumpió:

—Sólo me queda, cuando salga esta noche de la Embajada, el desearle suerte.

Derevaux le devolvió la sonrisa y se puso en pie, siendo imitado por La Croix, con lo que quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

La Croix rompió el silencio.

—Le sugiero que vaya a sus habitaciones —dijo—, tiene allí una pequeña sorpresa y una historia que oír.

—¿Qué diablos...?

—Vaya, Derevaux. Lo que tiene que oír, según cómo se mire, puede ser interesante para usted, aunque para mí no lo sea.

—Sigo sin entenderle.

—Yo no soy un agente secreto y no entiendo mucho de esas cosas. Soy..., el secretario del embajador... y sólo sé de política... y no siempre. Vamos, vaya.

Pierre no respondió.

Dio media vuelta y abandonó el despacho.

Tres minutos más tarde se encontraba frente a la puerta que daba acceso a sus habitaciones y sin saber por qué, vaciló antes de empujarla para entrar, así como tampoco supo por qué levantó el brazo y llamó con los nudillos.

—Pase, está abierto.

Voz de mujer, y que sólo oyó una vez, y no obstante...

Derevaux empujó la hoja de madera y cruzó el umbral, con los ojos fijos en la que se levantaba del sillón que ocupaba para recibirle, llevando una cansada sonrisa en los labios.

Tenía algunas magulladuras en el rostro y el vestido rasgado en un hombro, casi hasta la altura de los firmes senos.

Cerró a su espalda, avanzó unos pasos y se detuvo frente a ella, observándola atentamente y notando cómo enrojecía.

—Síntese —dijo.

Era lo único que se le ocurría en aquel momento y hasta se le antojó ridículo.

La muchacha lo hizo, cabalgó una pierna sobre la otra entre una nube de encajes negros y perfectos y largos muslos; entonces preguntó:

—Se siente sorprendido, ¿verdad?

—Confieso que sí —repuso Derevaux.

—Pedí... Bueno, vine con ánimo de que me dejaran aquí... y... fue así.

—¿Por qué?

—Estuve en la Casa Verde. Fue un interrogatorio careció de importancia, como azafata. Al salir, Morales me estaba esperando.

Derevaux guardó silencio, por lo que ella prosiguió:

—Nos fuimos juntos a dar una vuelta por ahí. No tenía otra opción... si deseaba seguir su juego.

—Siga, ¿quiere?

—Me llevó al viejo cementerio de Matanzas y allí a la tumba de Morales.

—¡Qué cuernos...! Perdona, pero algunas veces...

—Vi la tumba de Morales —repitió ella.

Poco a poco le explicó todo lo ocurrido, y terminó diciendo:

—Allí, en su casa, intentó..., intentó... pasarse de la raya y luchamos. Para mí, *monsieur* Derevaux, fue un caso de suerte porque no hubiera podido resistirme mucho. Morales es un hombre muy fuerte, pero... se cayó de espaldas y se golpeó la nuca con el pico de una mesita. Perdió el sentido, por lo que escapé de allí en su propio coche, que dejé abandonado tan pronto como me vi en La Habana. Vine aquí y pedí protección. Ahora... posiblemente me estén buscando.

—Esta Embajada, aunque yo lo sienta, no debió hacer eso.

—No en otro caso, pero sí en el mío.

—¿Por qué?

—¿Sabe mi nombre? —preguntó ella a su vez.

—Jenny o algo así, ¿no?

—Jenny

O'Brien

—replicó—, pero lo que no sabe es esto.

Introdujo la mano en los senos y entre la cárcel de seda y carne sacó un pequeño objeto que Derevaux conocía demasiado bien.

—Jenny

O'Brien

de la CIA norteamericana. Como ve —le sonrió—, una azafata como otra cualquiera. En esto vamos juntos y no podían ustedes negarme lo que solicitaba, aunque no le guste a usted.

—Yo no he dicho eso.

—No, desde luego, con estas palabras mías.

Derevaux no respondió; esperaba.

Fue un silencio corto, que Jenny rompió:

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

—Descansar hasta las doce de la noche.

—¿Y más tarde?

—Tengo una cita con una mujer.

—¿Respecto a...?

—Exactamente —cortó Pierre—. ¿Y usted?

Jenny pareció hundirse en el sillón cuando dijo:

—Estoy muy cansada, ésa es la verdad.

Derevaux señaló su propio lecho.

—¿Por qué no se deja caer ahí y trata de dormir un poco?

Se puso en pie.

—Creo..., creo... que voy a hacerlo, pero con una condición.

—¿Y es...?

—Que tan pronto como... Quiero decir que me llame cuando se vaya a ir.

—¿Para qué?

—Como le dije antes, Francia y Estados Unidos van juntos en esto, Derevaux.

—¿Quiere decir que piensa acompañarme?

—Así es.

—Me temo, *mademoiselle*

O'Brien

—replicó, expresándose como siempre en francés—, que no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Las instrucciones que tengo son terminantes. Debo ir solo, ¿entiende?

Jenny frunció el ceño.

—De acuerdo —dijo—, pero aun así, deseo que me haga saber el momento justo en que abandonará esta Embajada. Lo hará, ¿verdad?

—Lo haré —respondió.

Pero estaba pensando en todo lo contrario.

—Gracias.

Dio media vuelta y con una sonrisa se acercó al lecho y se dejó caer en él.

Por espacio de varios segundos, Derevaux la estuvo contemplando, completamente ensimismado, hasta que, de un modo repentino, dio media vuelta y abandonó sus habitaciones.

En el lecho, Jenny clavó los ojos en la puerta, que se había cerrado a espaldas del francés, y luego los cerró. Se durmió.

Cuando despertó eran más de las doce de la noche por tanto, Derevaux había abandonado la Embajada, llevando junto a él, en el asiento delantero del coche, portafolios que trajera de Estados Unidos.

Un tanto furiosa por aquello, Jenny se puso en contacto con La Croix, pero aquél poco o nada sabía de los proyectos de Derevaux.

Sólo a lo que éste ya le dijera, que tenía que ir solo al lugar de la cita, y nada más.

Ni siquiera sabía dónde era aquella cita.

Jenny no agregó nada, se limitó a decir que iba a descansar, a continuar descansando, pero, una vez sola, también abandonó la Embajada y lo hizo por donde Derevaux, por la puerta posterior.

* * *

Se había ido.

¿Cuánto hacía de aquello?

Jessica se llevó la mano a la mejilla, que todavía le parecía arder, hizo una mueca con los labios, y clavó los ojos en la pequeña automática caída a sus pies, sobre las baldosas del suelo, y se acercó al cuarto de baño.

Terminaba de darse una ducha cuando llamaron a puerta.

Hizo un gesto de desagrado y, una vez mas, se pregunto como diablos había podido ocurrir todo aquello, y mucho masque motivo tenía aquel Donkey para confundirla a ella con un agente de la CIA, y sobre todo que es lo que estaba ocurriendo en La Habana, y donde se encontraba Jenny, a la que no había visto desde que tomaron tierra en el aeropuerto de Rancho Boyero.

Y en el trabajo que le había costado convencerle, después del disparo, que erró por puro milagro.

Desde allí, ya que se encontraba en la puerta que daba acceso al curto de baño, podía ver el lugar donde se empotro la pequeña bala y...

El timbre de la puerta continuaba sonando, cada vez con más estridencia, por lo que rápidamente se puso la minifalda. La blusa y los zapatos, y con el pelo empapado en agua, se acerco.

—¿Quién es? —pregunto—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Son ésas las formas de llamar a una...?

—Abra, *miss* Burdon. Es la policía.

Se encogió de hombros, por algo que cada vez comprendía menos.

El secuestro de un avión, una petición de asilo político para dos americanos que militaban en el partido comunista de su país, la proposición de traición y...

No, no lo entendía.

Abrió, y Morales quedo enmarcado en el umbral.

No venía solo.

Luzarov se encontraba a su lado, y mirándoles, sin decir palabra, Jessica se aparto a un lado para dejarles pasar.

Fue el ruso el que cerró la puerta a sus espaldas, y Morales el que pregunto, yendo derecho al asunto que le traía hasta allí:

—¿Dónde está?

—Dónde está, ¿quién? —preguntó ella a su vez, y como un eco.

—Su compañera, Jenny

O'Brien.

¿O no es así como se llama?

Jessica le miró, arqueando una ceja.

—Supongo que en la Casa Verde, allí en la Avenida Quinta. ¿Es que acaso usted no lo sabe?

Morales crispó el rostro, y hasta los horribles pelos que llevaba en la barba parecieron ponerse de punta, en tanto que el ruso les miraba alternativamente.

—¿Quiere decir, con eso, que no la ha visto desde que llegaron a La Habana?

—Así es.

Fue en aquel momento cuando los ojos de Morales tropezaron con la pistola que había en el suelo, y sin pronunciar palabra, de una zancada se acercó y la tomó.

Con ella en la mano, se acercó hasta rozarla.

—¿Es suya? —preguntó.

—Así es —repuso Jessica, con perfecta calma.

—¿Cómo no lo declaró, cuando fue interrogada?

—Me olvidé de hacerlo.

Morales la miró pensativamente.

—Sí, puede que fuera así, o puede que no. Eso lo veremos más adelante. —Olió el cañón y preguntó—: ¿Contra quién disparó usted?

De modo instintivo, Jessica miró hacia la pared que había a espaldas de Morales, y tanto el ruso como el jefe de policía, siguiendo la dirección de su mirada.

—¿Quién fue?

La estaba mirando cuando formuló la pregunta.

—Tuve una visita que no fue de mi agrado.

—¿Quién? ¿Ese francés?

—¿Qué francés?

—El diplomático que hacía el viaje con...

—¿Se refiere a Derevaux? —le interrumpió.

—Sí.

—Siento decepcionarle, pero no era él. Era uno de esos... dos que secuestraron el avión. Un tal Donkey.

—¿Para qué vino a verla?

—Para disculparse por lo del avión. Me derribó al suelo, y me hizo daño en la rodilla —confesó, diciendo parte de la verdad.

—¿Nada más?

—No.

—¿Está usted mintiendo, *miss Burdon*!

Las palabras de Morales resonaron completamente heladas en sus oídos, y pensó rápidamente en la respuesta que debía dar.

Cierto que podía explicarle todo lo que Donkey le dijo a ella, pero el nombrar la CIA sería tanto como hacer explotar una bomba atómica en el centro de La Habana.

Aquello también era traición, no por lo que a Donkey y a su secuaz se refería, sino hacia los Estados Unidos de América.

Tal vez lo sospechaba, pero Morales no debía tener la certeza de que aquella organización estaba operando en Cuba.

—¿No responde, *miss Burdon*?

Jessica trató de sonreír.

—¿Qué puedo decirle para que me crea? Nada, ¿verdad?

—Sí, una cosa.

—¿Y es...?

—Sencillamente, decirme por qué disparó usted contra ese americano.

—Supóngase que trató de forzarme.

Pensaba que, al parecer, el asunto de su compañera Jenny había pasado a segundo término cuando Morales repitió:

—Está mintiendo, *miss Burdon*. Vamos, dígame, ¿qué fue lo que quería? ¿De qué hablaron los dos? Y sobre todo, ¿por qué no me dijo que iba armada? ¿Por qué no entregó la pistola en la dirección general del

G-2?

Responda, ¿quiere?

Jessica denegó con la cabeza.

—Le he dicho la verdad —replicó, tratando de que él no adivinara su miedo.

Fue entonces cuando recibió la segunda bofetada del día.

Que la alcanzó también a un lado de la cara y la derribó al suelo como si fuera un saco.

Trató de incorporarse.

No pudo porque en aquel momento recibió una feroz patada en un costado, que la pegó materialmente contra la pared, con los ojos enturbiados por las lágrimas, mientras Morales se acercaba a ella y la prendía por los hombros, poniéndola en pie.

—Vamos, ¿de qué te habló Donkey? ¿Qué es lo que buscaba aquí? Responde.

De una nueva bofetada la tiró contra la pared, y luego, ya sin freno alguno, empezó a golpearla ferozmente, haciéndola rodar de un lado para otro, a patadas, en tanto maldecía como un loco.

—Hablaré..., hablaré... No, no me pegue..., no...

No la oía, ya no.

Completamente ciego, continuó golpeándola hasta que Luzarov le sujeto por un brazo, apartándole de ella sin miramiento alguno.

—La esta matando, estúpido —grito—. ¿Es que no se da cuenta? De este modo no va a conseguir hacerla hablar.

Frente a él, mirándole aun con expresión de loco, morales extrajo el sucio pañuelo y se limpio la frente.

Respiraba fuertemente, como una respiración espasmódica, que poco a poco se fue quietando.

—Trate de reanimarla, si es que sólo esta desmayada, Luzarov —dijo.

El ruso se acercó a Jessica, la examinó, y la tomó en brazos y la llevó a uno de los sillones.

Cinco minutos más tarde, Jessica abrió los ojos.

—Vamos —repitió Morales, una vez más y sin darle respiro—. Quiero saber todo lo que ocurrió aquí en...

—Le dije la...

De nuevota golpeo, y ella se derrumbó de una vez por todas.

—Ésta... bien, pero no me pegue... más. Ha... blaré...

Un poco después, Morales sabía todo lo que la muchacha conocía del asunto.

Entonces se volvió a mirar al ruso.

—Salga —dijo—, yo iré ahora mismo.

Luzarov se volvió en redondo y alcanzo el pasillo.

Apenas lo hubo hecho, cuando a su espalda estallo el disparo.

Estaba enfundando la automática cuando abandono el dormitorio de Jessica.

—Vámonos —añadió, tan pronto como se encontró frente al ruso—.

Por el momento, aquí ya nada tenemos que hacer.

Abandonaron le hotel.

CAPÍTULO VIII

Consultó el reloj.

Las once horas y cuarenta y cinco minutos.

Tenía el tiempo justo.

Miró el espejo retrovisor, hacia la carretera que tenía a su espalda.

Nadie.

Tan desierta como lo que había delante del motor del coche, lo que no era del todo cierto, pero Derevaux no lo sabía.

El túnel del puerto.

Lo enfiló a buena marcha, mirando de vez en cuando los mojones que marcaban, en la orilla de la carretera, los kilómetros recorridos. Finalmente lo detuvo, miró a su alrededor, en ambos sentidos de la curva en cuyo centro se encontraba y, acto seguido, maniobró para dar la vuelta volviendo el coche en dirección a La Habana, y una vez más clavó los ojos en la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Las cero horas y algunos segundos.

Derevaux apagó las luces de situación y se dispuso a esperar, notando casi irresistibles deseos de fumar.

Se contuvo.

Un minuto, dos, diez... y entonces vio la sombra, surgiendo de los árboles que ahora quedaban a su derecha, y miró el portafolios que había a su lado, mientras que disimuladamente introducía la mano en el bolsillo de la guantera para acariciar la fría y negra culata de la «Luger» que llevaba consigo.

La sombra estaba llegando al filo de los árboles.

Un hombre.

Derevaux frunció el ceño.

Esperaba que fuera Rosa Valencia la que se presentara a la cita, y aquello echaba por tierra parte de sus planes.

No obstante, continuó esperando.

Ahora se detenía, junto a la cuneta de la carretera, para mirar en ambos sentidos.

Luego, y de un modo repentino, empezó a andar hacia el coche, pero volvió a detenerse antes de llegar.

Miró una vez más en torno suyo, y retrocedió hasta la sombra de uno de los árboles.

Derevaux arrugó aún más el entrecejo.

Aquello tenía todas las trazas de una silenciosa invitación para que abandonara el coche, y se preguntó por qué.

Se lo preguntaba aún cuando tomó la «Luger» y la introdujo en el bolsillo derecho de su americana.

Hecho esto, abandonó el automóvil, saliendo a la carretera.

Bajo el árbol, el otro no se movía.

Derevaux empuñó la automática sin sacarla del bolsillo, y empezó a acercarse.

El coche fue quedando atrás.

Finalmente, sin sacar la mano del bolsillo, se detuvo frente al árbol, al filo de la carretera en sombras, y por segunda vez esperó.

—Derevaux, ¿verdad?

—Sí, así es.

Hubo una pausa, muy ligera, que el otro rompió:

—¿Trajo esa suma?

—Sí.

—En billetes pequeños.

—Desde luego, sí.

—¿Dónde los tiene? ¿En el coche?

No podía verle el rostro.

Eso fue en lo que primero se fijó, antes de preguntar a su vez, soslayando las de su interlocutor:

—Los papeles, ¿los tiene?

—Así es.

—Démelos.

Le parecía que sonreía bajo las sombras que proyectaba el árbol bajo el cual se encontraba, pero no hubiera podido jurarlo.

—Tengo órdenes de examinar esa cantidad antes de entregárselos, Derevaux.

—Bien, ¿a que espera?

El otro dudo unos segundos, y al fin abandono la protección del árbol y se adelantó unos pasos.

Derevaux le miro.

Un cubano.

Un típico hijo del país, muy joven, ya que su edad no sobrepasaría

de los veinticinco años.

—Desde luego, la cita no era con usted —dijo, volviéndose de lado para retroceder hasta el coche.

—No, no lo era, pero a última hora Rosa tuvo una visita y cambio de parecer.

—¿Qué clase de visita?

El cubano le mostró sus dientes de lobo en una sonrisa.

Derevaux termino de volverse, pero bajo ningún concepto le diola espalda, por lo menos no del todo.

Empezó a andar.

Uno, dos, tres, cuatro pasos... y entonces les vio, también surgiendo de los árboles, y las porras de goma que llevaban en las manos.

Sabiendo lo que iban a hacer, saltó de costado, sacando la «Luger» justo cuando el primer cubano cargaba contra él armado de un cuchillo.

Derevaux no vaciló ni un solo segundo, apretó el gatillo y, conjuntamente con la detonación, le vio abrir los brazos en cruz, mientras que en el centro de su frente aparecía un redondelito negro, que marcaba el paso de la bala hacia su cerebro.

Se volvió y, al hacerlo, supo que ya no había salvación para él.

Las porras habían caído al suelo y en su lugar vio las pistolas ametralladoras que portaban, y en un vano intento de salvarse de la rociada de balas, se lanzó al suelo de cabeza, apretando el gatillo por segunda vez.

Cayó otro, justo cuando las primeras ráfagas se enterraban a pocas pulgadas de su cuerpo y en la noche estallaba el tableteo de una metralleta. Fue entonces cuando, delante de sus ojos, se desarrolló una escena que jamás olvidaría, primero por lo que representaba para él mismo, y, segundo, por lo inesperada.

Les vio saltar frente a él como muñecos de trapo, casi partidos en dos, y se puso en pie de un salto, sin soltar la automática.

—Ten cuidado con esa pistola, Pierre. No me gustaría que terminaras conmigo.

Se petrificó, al reconocer su voz.

Luego, casi en el acto, la vio, surgiendo entre las sombras, con una «Sten» inglesa en las manos, acercándosele, y evitando en todo momento mirar los cadáveres, ahora irreconocibles, de los miembros del

cubano.

—¿Cómo diablos viniste? ¿Cómo sabías...?

Nerviosamente, ella le tomó del brazo y tiró de él.

—Te lo explicaré por el camino. Anda, vámonos.

Corrieron hacia el coche y subieron.

—¿Hacia dónde? —preguntó Derevaux.

Ella se encogió de hombros.

—Confieso que no lo sé —respondió—. Te pediría que me llevaras a tu Embajada, pero me temo que esta noche, después de esto, va a estar estrechamente vigilada.

—¿Quieres decir que...?

—Lo mismo que yo te seguí, también te pueden estar siguiendo ellos. Es decir, te seguían, ¿comprendes? Concertaste una cita con una mujer, según me dijiste, y en vez de eso vinieron hombres de la Casa Verde, y eso sólo significa una cosa.

—Que Rosa Valencia...

—Ella es la amante de Morales, Pierre, y esto no debiste olvidarlo ni un segundo.

—Háblame de ti. Alma.

Ella soltó la metralleta en el fondo del coche, y cerró los ojos.

—Te estuve siguiendo desde que abandonaste mi apartamento, Pierre. Luego, esperé en la puerta posterior de tu Embajada, sabiendo como sabía que ibas a meterte en un lío.

—¿Así de sencillo?

—Sí, así, y como ves, creo que llegué a tiempo. —Hizo una ligera pausa y añadió, un tanto burlona, a pesar de las circunstancias—: A cualquiera se le ocurre traer, completamente solo, una cantidad de billetes como ésa.

—¿Cómo lo sabes?

—¿La cantidad...? Bueno, eso no, pero les oí hablar. Es decir, te oí a ti y al otro mientras vigilaba a los otros, sin que me vieran. Es mucho, ¿verdad?

—El equivalente a cincuenta mil dólares en billetes pequeños, Alma. Y ella silbó bajito.

—Es lo que te dije, querido, algo demasiado tentador para dejarlo pasar. ¿O es que todavía no has comprendido la jugada de esa muñeca?

—¿Qué muñeca?

—Rosa.

—¿Y es...?

—Sencillamente, que se puso en combinación con Morales, pero sin decirles nada a los de la Casa Verde. Dio la orden de eliminarte, a ti y a todos los demás, si es que los hay, y si es así, ya puedes estar seguro de que sabe quiénes son, con lo que esa cantidad, fabulosa en Cuba, se la hubieran repartido entre los dos. Después de todo, ellos tienen esos papeles y no los han sacado de su escondrijo. De eso también puedes estar seguro.

Lanzó una fugaz mirada al portafolios, y preguntó:

—Ahora tendrás que llevarlos a tu Embajada, ¿verdad?

—¿Te refieres a esa suma?

—¿A qué, si no?

No lo deseaba, pero Derevaux se echó a reír.

—No hace falta, Alma —dijo a continuación—. Me menosprecias, y eso no está bien.

Alma abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir que...?

—Exactamente lo que estás pensando. Dentro de ese portafolios no hay un solo centavo.

—¿Y...?

—Sencillamente, los guardo en otro lugar... por si ocurría... lo que ha sucedido, ¿comprendes?

—Sí, claro... Es decir, creo que sí.

Derevaux no respondió, por lo que en el interior del coche reinó el silencio, que sólo se rompió cuando, de un modo repentino, detuvo el coche junto al bordillo de la acera.

Fue Alma la que preguntó:

—¿Qué ocurre ahora?

Derevaux sonrió.

—Sencillamente, que desde aquí hasta tu casa el terreno puede estar libre.

—¿Me echas?

—No, ni mucho menos, pero no quiero que, a partir de ahora, te expongas más.

—Estoy dentro de esto hasta el cuello, amor —replicó ella—. Por tanto, o voy contigo o desde cualquier teléfono público me pongo

en contacto con el embajador de tu país. ¿Qué decides?

—Eso, querida, es un chantaje.

—¡Claro que sí! ¿Nos vamos, o nos quedamos aquí toda la noche?

—¿Adonde?

—A mi casa.

—Eso sería peligroso. Morales no va a creerse un nuevo cuento como..., como...

—¿Crees que no lo sé? Pero, al mismo tiempo, ¿adonde vamos a ir? En La Habana a ninguna parte, por lo menos con absoluta seguridad.

Derevaux no respondió, y puso el coche en marcha.

* * *

Jenny también alcanzó el hotel Central por su parte posterior.

Subió, procurando no ser vista por nadie, debido al estado de su rostro y ropas, casi completamente destrozadas, y del mismo modo llegó al piso donde tenía sus habitaciones, que no había visto, ya que no tuvo oportunidad de hacerlo hasta aquel preciso momento.

Frente a la puerta se detuvo, pensando asimismo en la nube de preguntas que iba a caer sobre ella, tan pronto como Jessica la viera.

Llamó, empleando el botón del zumbador.

Silencio.

Volvió a llamar, y en aquel momento se dio cuenta de que la puerta estaba simplemente entornada.

Frunció el ceño, la empujó y entró.

La sala de estar.

Se detuvo contra el marco, vacilando sobre sus piernas, y con los ojos nublados retrocedió paso a paso y la cerró con llave.

Luego regresó sobre sus pasos y se acercó al cuerpo desmadejado y roto de Jessica, caída junto a uno de los sillones, y con un balazo en el centro de la frente.

Miró a su alrededor.

Una pistola.

De mediano calibre.

Desde luego, con aquélla no se había matado, ni mucho menos.

Aquello, según todas las apariencias, era ni más ni menos que un

asesinato, luego de haberle propinado una brutal paliza.

No hacía falta mencionar nombres; sabía quién lo había hecho, casi con absoluta seguridad, y por qué.

Sobre todo, el «porqué».

Por un error.

Un simple error de identidad.

Se apartó de ella, luego de tratar de cerrarle los ojos sin conseguirlo, fue al dormitorio, tomó una sábana y piadosamente la cubrió.

Hecho esto, regresó sobre sus pasos y cambió de indumentaria.

Pensaba en Derevaux y en la Embajada francesa, cuando abandonó el dormitorio, camino de la calle, en un hotel que parecía una tumba.

Ni el más ligero rumor llegó hasta ella cuando entró, ni ahora cuando lo abandonaba, llena de pesar por la muerte de una muchacha que fue compañera suya durante unas horas.

Empezó a andar.

En la siguiente esquina, pero ya en la calle principal, detuvo un taxi y dio una dirección cualquiera, pero que caía una cuadra más abajo del lugar donde vivía Rosa Valencia.

Lo abandonó allí, y el resto del camino, hasta el portal que daba acceso a la escalera, lo hizo a pie.

Allí mismo se detuvo, en el umbral, y con ojos mortalmente fríos y por espacio de varios segundos, estuvo observando la calle, y a continuación entró.

Empezó a subir, peldaño a peldaño, procurando no producir ruidos innecesarios.

Tres minutos más tarde, se encontraba frente a la puerta.

No vaciló en levantar la mano para hundir el dedo pulgar en el blanco botón del timbre.

A su llamada le contestó el silencio, por lo que lo intentó de nuevo, y lo hizo justo cuando aquélla se abría.

Ambas quedaron frente a frente, observándose detenidamente, hasta que Rosa rompió el silencio con dos preguntas, que sonaron a los oídos de Jenny con la misma rapidez que los disparos de una metralleta:

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí, a estas horas...?

—Rosa Valencia, ¿no?

La cubana arqueó una de sus negras cejas.

—Sí —dijo—; soy ésa que dice. ¿Quién es usted?

—Traigo un recado de Morales.

—Eso no es cierto.

Jenny ensayó una sonrisa.

—Creo que exagera, querida —dijo suavemente—. Ahora bien, ¿quiere que se lo de aquí, o prefiere que entremos?

Rosa vaciló, y luego miró por encima del hombro de Jenny, como si esperara ver a alguien más en el pasillo.

No era así.

Estaba desierto todo lo que alcanzaba la vista.

La miró a los ojos, preguntando ya:

—¿Quién es usted? ¿Americana?

Volvió a sonreír.

—¿Y usted Rosa, acaso no lo es?

—Soy cubana, y eso cambia las cosas.

—¿Usted cree?

—¿Usted no?

Jenny guardó silencio por espacio de unos segundos, y a continuación dio media vuelta y empezó a alejarse.

Era una finta que le salió bien, ya que si Rosa la hubiera dejado marchar sin más, hubiera tenido que volverse a la inversa para tratar de abrirse camino al interior de su piso, empleando la fuerza para hacerlo.

—Espere.

Se detuvo, y giró a la inversa, enfrentándola.

Rosa se estaba apartando de la puerta.

—¿Sí...?

—Vamos, entre.

Lo hizo, pero sin perderla de vista, y ambas continuaron andando por el pasillo hacia la sala de estar.

Se enfrentaron allí.

—Y bien, ¿qué fue lo que le dijo...?

—Nada. Ni siquiera le he visto. Es decir, le vi hace unas horas, junto a una tumba. Junto a su propia tumba en un viejo cementerio. Y es curioso.

—¿Qué ve de curioso en eso?

—Todo. Me choca que un hombre como su amante visite su propia

tumba de vez en cuando, y que se haga acompañar de las turistas, aunque ese turismo sea un tanto forzado, ya que, como sabrá, secuestraron el avión en que viajábamos.

—Aún no me ha dicho quién es usted —fue la respuesta que obtuvo de Rosa.

Jenny forzó la tercera sonrisa, pero ahora, en contra de sus deseos, surgió horriblemente fría entre sus labios.

—Jenny

O'Brien

—dijo—, de la CIA norteamericana, querida.

Rosa dio un paso atrás, y el semblante se le demudó.

—¿Qué..., qué diablos...? ¿Qué ha venido a buscar aquí?

De un modo repentino, dio media vuelta y empezó a correr hacia una de las puertas que tenía a su espalda.

Jenny no se movió, abrió el bolso que llevaba y dijo:

—Si cruza esa puerta, la mato, Rosa, ¿comprende?

La cubana se detuvo en seco y se volvió.

La automática era una «Mauser» del nueve corto, y la estaba apuntando al centro del pecho.

—Eso está mejor. Y ahora voy a hacerle una pregunta... o varias. Eso dependerá de sus respuestas.

—¿Qué es... lo que desea?

Tenía miedo.

Aquella era la verdad.

Aquella mujer que la amenazaba le había dicho su verdadera identidad, y aquello, para ella, sólo significaba una cosa. Que estaba sentenciada a muerte; que hiciera lo que hiciese, la mataría.

—¿Qué es...? —empezó por segunda vez.

Jenny la interrumpió.

—Derevaux —fue lo que dijo.

—¿Quién es? No le conozco.

Jenny guardó silencio, mientras se acercaba a uno de los sillones.

Se sentó, sin dejar de mirarla, apuntándola con mano firme.

CAPÍTULO IX

De repente lo rompió, sin levantar la voz, sin alteraciones, con perfecta calma, como si careciera en absoluto de nervios.

—Escuche, Rosa —dijo—, voy a matarla a usted..., ¿comprende?

—Pero qué...

—Voy a hacerlo —le cortó—, si no responde a lo que quiero saber.

—Pero ¿cómo quiere que...?

—Derevaux, querida, como ya le dije. El tenía una cita con usted, conjuntamente con un ofrecimiento, y quiero saber por qué usted no acudió a ella.

—No fue de ese modo...

—¡Ah!, ¿no?

—No. La cita era en el túnel, pero no conmigo. Iría uno de mis contactos, y así se lo especificué.

—¿Ésa es la historia?

—No hay otra.

—Pues escuche la mía, Rosa, que le interesa. O por lo menos, va a escuchar parte de la misma. El resto es algo que no le importa a usted ni a nadie. —Hizo una pausa, sin que la cubana la interrumpiera, y continuó al cabo de tres o cuatro segundos de silencio—: Los rusos están aquí, en La Habana. Me va comprendiendo, ¿verdad? —La otra no contestó y Jenny siguió hablando—: Dos tipos secuestran el avión en el que viajan otros tantos de esos tipos, que son de la CIA, y un diplomático francés. El avión es desviado a Cuba, y los de la CIA deciden, por mutuo acuerdo, el apoderarse de los planos soviéticos... —Volvió a hacer una ligera pausa, y pregunto al cabo de la misma—: ¿Todavía quiere que le diga que clase de planos son éstos, querida?

—No se de que me esta usted hablando.

—¿No...? Bueno, no importa. La verdad es que esperaba esa respuesta —sonrió—. Misiles, ¿comprende? Misiles rusos, y tanto Estados Unidos como Francia y gran parte de Europa, quieren saber donde están instalados, y sobre todo hacia donde apuntan. Dígame, Rosa. ¿Dónde se guardan? En la Casa Verde, no, desde luego.

—¿Cómo sabe eso?

—Nosotros también tenemos nuestros medios de información. Vamos, Rosa, ¿dónde?

Se puso en pie, sin dejar de observarla atentamente, y prosiguió:

—Conteste, o no vera los próximos cinco minutos. Hoy mataron a una azafata que nada tenía que ver en todo esto, y lo hizo esa bestia que tiene por amante, luego de golpearla brutalmente, tal vez confundiéndola con una agente secreta de mi país. Usted puede muy bien pagar por esa muerte. ¿Dónde se encuentran esos planos?

—No lo sé. Morales jamás me cuenta lo que hace ni lo que deja de hacer. Eso es cosa del

G-2,

y nada más.

—¿Nada *más*...?

Empezó a retroceder hacia la puerta, sin dejar de apuntarla, y con los ojos completamente fríos, fijos en los suyos.

—Voy a terminar con usted —afirmo con no menos frialdad—, tan pronto como mi espalda toque la puerta de salida. Lo entiende, ¿verdad?

—¡No! Usted no hará nada de eso.

—¿De verdad?

—Nada tengo que ver en eso, nada. No es cosa mía.

—Pero usted sabe dónde se encuentran esos planos. Morales se lo dijo alguna vez. Por otra parte, está su cita con Derevaux, y me está mintiendo, querida. ¿Quién fue a esperarle? ¿A quién debía entregarle esos dólares? Vamos, hable, tiene exactamente cinco segundos para hacerlo.

Continuó retrocediendo, con el dedo crispado en el gatillo hasta que su espalda tropezó con la puerta.

Fríamente, levantó el cañón de la automática.

—¡Espere!

Se inmovilizó.

—¿Sí...?

—Derevaux tenía la cita conmigo, pero... Bueno, recibí una visita, y conceptué que salir de aquí, en estas circunstancias, sería peligroso.

—¿Y qué más?

—Envié a uno de mis amigos. Lo que haya podido ocurrirle a *monsieur* Derevaux es algo que aún no sé, si es que en verdad le

sucedió algo.

Jenny no contestó.

Se daba perfecta cuenta de que Rosa le estaba diciendo parte de la verdad; sólo una parte de la verdad, y nada más.

Con la misma lentitud que había empleado hasta aquel momento, se apartó a un lado de la puerta, e hizo un gesto con el cañón de la automática.

—Venga conmigo, ¿quiere?

—¿Qué...?

En la voz de Rosa había sorpresa.

—Vamos juntas en esto hasta el final, querida.

Rosa se echó a reír.

Al parecer estaba recobrando toda su anterior tranquilidad al ver que la americana no disparaba, tal y como le había prometido.

—Si espera que Morales no haga nada contra usted porque me tenga a mí, se equivoca de medio a medio. El pasará por encima de mí... y también de todos vosotros, si con eso..., si con eso...

Jenny la interrumpió:

—Abra la puerta, Rosa, o le vuelo los sesos de un balazo. Y créame, no estoy bromeando.

Se apartó un poco más, y Rosa, como fascinada, avanzó unos pasos en aquella dirección.

—¿Dónde va a llevarme? —preguntó.

—A dar un paseo.

—¿El último?

Y su voz era oscura.

—Nada de eso por el momento, querida. Voy a llevarla a un lugar en el que tendrá que hablar.

—No lo conseguiré.

—Lo dudo; y ante esa duda, prefiero que me acompañe. Y no haga tonterías... Bueno, eso ya se lo dije. Abra la puerta.

Rosa no contestó; sabía que por el momento era inútil hacerlo, por lo que continuó acercándose y franqueó la salida.

—Tenga cuidado ahora, ¿comprende?

Continuó callando.

Salieron la una detrás de la otra, y Jenny fue la encargada de cerrar a espaldas de las dos.

—¿Hacia donde?

—Por la puerta trasera —respondió.

Fueron hacia allí, muy juntas, ella apoyando el cañón de la automática en el costado de Rosa, y de este modo alcanzaron la escalerilla que debería conducirles a espaldas del edificio.

Entonces ocurrió.

Jenny pasaba el pie para posarlo sobre el segundo escalón cuando Rosa, con una sonrisa malévola en los labios, cargo contra ella, empujándola con el hombro.

Con un ligero grito, la agente de la CIA cayó rodando, de escalón en escalón, hasta llegar al primer rellano, donde tropezó contra la pared, mientras que, en todo lo alto, oía la risa casi diabólica de Rosa.

Miró.

Y la vio allí, en pie, al filo del escalón, sus magnificas piernas envueltas en la malla de las medias de nylon, y algo más.

Los elásticos. Y cómo su mano derecha volaba hacia la culata de la automática que llevaba allí.

Tiró de ella, y disparó hacia abajo.

La primera bala levantó el estuco de la pared, junto a su cabeza; la segunda le rozo la mejilla, y la tercera jamás llegó a dispararse porque antes Jenny apretó el gatillo de la suya, y lo hizo por dos veces consecutivas.

Sobre su cabeza, Rosa se estremeció, vacilo sobre sus piernas y luego se miró el estómago, donde aparecieron borbotones de sangre; soltó el arma que empuñaba y la sangre se escurrió por sus dedos, que a continuación se miró.

Ése fue su último gesto.

Repentinamente, se derrumbo de lado y también rebotando de escalón en escalón vino a caer a los mismos pies de Jenny, que lentamente volvió la espalda y se encaminó hacia la calle, descendiendo apresuradamente los escalones que le faltaban.

La calleja.

Guardó el arma, se puso la correílla del bolso sobre el hombro, y empezó a andar camino de la calle principal.

No llegó, porque antes ambos tipos se colocaron a su lado, uno a la derecha y el otro a la izquierda, dejándola en medio.

—Jenny

O'Brien,

¿verdad?

Se detuvo y les miró atentamente.

—Sí, así es —dijo.

—Tiene que venir con nosotros.

—¿Sí? ¿Adónde?

—Pongamos que a dar una vuelta. Hablaremos por el camino.

Se encogió de hombros, sonrió, y continuó andando, pero ahora en dirección al coche negro que esperaba unas cuantas yardas más allá, con el motor funcionando al ralentí.

* * *

—Por fin, ¿adónde vas a llevarme?

Derevaux la miró fugazmente.

Tenía los ojos entrecerrados, las preciosas piernas extendidas frente a ella, y no parecía mirar a nadie en concreto.

Respondió:

—Podríamos ir a la Embajada, pero ya es demasiado tarde para eso. Ni siquiera yo puedo ir.

—¿Por qué?

—Ellos, ahora, ya nada quieren saber. Declinan toda responsabilidad, ¿comprendes? Siempre ocurre así.

—En realidad, Pierre, ¿quién eres tú? De la CIA, ¿verdad?

Sonrió, a pesar de que no tenía ganas de hacerlo.

—Nada tengo que ver con esa organización, Alma —respondió.

Y le estaba diciendo la verdad.

—Entonces, lo de diplomático es...

Derevaux la interrumpió, dando la sensación a Alma que no deseaba responder a aquellas preguntas, lo que también era completamente cierto.

—Voy a llevarte a tu casa. Alma —dijo—. Eso es todo.

—¿Y tú? ¿Vas a quedarte conmigo?

—No puedo.

El bello rostro de la cubana se nubló.

—Es lo que estaba temiendo que dijeras —confesó como contestación a sus palabras.

Derevaux dio la callada por respuesta.

En aquel momento meditaba.

Recordaba...

El vuelo, el secuestro del avión, la petición de asilo político de los secuestradores, las sospechas de Morales, Rosa Valencia y la emboscada que no hacía mucho le tendiera, la muchacha que llevaba a su lado y, sobre todo, la conversación que sostuvo con aquella otra de la CIA.

En la Embajada... y de nuevo Morales y su tumba perdida en un viejo cementerio de La Habana.

Una tumba solitaria, con una inscripción incompleta.

Con la fecha de un nacimiento, pero no de la muerte.

Era completamente ilógico, si tenía en cuenta el carácter de Morales.

Un tipo como el jefe de la

G-2

cubana pensaría en aquello, a no ser que tuviera..., que tuviera...
Sí, claro, un motivo bien poderoso.

—¿En qué piensas?

Derevaux se sobresaltó un poco.

—En todo esto —confesó, diciendo parte de la verdad.

—¿Y no te gusta?

Tampoco respondió.

Continuaba pensando hasta que, de un modo repentino, la miró de través, desvió los ojos para continuar observando el camino que seguían, y preguntó:

—¿Te gustan los viejos cementerios, Alma?

La muchacha abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

—¿Que si te gustan los vie...?

—Ya te oí —le interrumpió, mirándole como si repentinamente se hubiera vuelto loco.

—¿Y la respuesta es...?

—Me dan miedo. Tiemblo solo de pensarlo, querido.

Derevaux sonrió para sí.

—No obstante, es la invitación que voy a hacerte.

—¿Una invita...? ¿Qué invitación?

—Vas a venir conmigo a visitar un cementerio, muchacha.

—¿Que yo...?

No la escuchaba; de un golpe de volante, empezaba a buscar la

salida de la ciudad, meditando una vez más Aquella proposición era un contraste, un contrasentido con lo que le había dicho anteriormente, pero ahora pensaba que Alma podía correr el mismo peligro dejándola sola en su domicilio, que siguiendo con él, en cuyo caso prefería tenerla a su lado.

La carretera.

Derevaux dejó de pensar para centrar su atención en si era seguido o no.

No vio a nadie, pero no podía olvidar que anteriormente había experimentado aquella sensación y, no obstante, se equivocó porque Alma logró hacerlo de tal modo que, cuando se dio cuenta de su presencia, fue porque la muchacha se dejó ver, metralleta en mano. Una metralleta que ahora parecía dormir en el fondo del coche, junto a sus piernas de ensueño.

—Ésa es la carretera de Viriel, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Y vamos al viejo cementerio de Matanzas, ¿no?

—Sí.

—¿Allí...? ¿Para qué?

—Ya te lo dije. A visitar la tumba de un viejo amigo nuestro.

—¿De...? ¡Diablos! ¿Quieres decirme qué galimatías es ése?

Derevaux dejó que por unos segundos una leve sonrisa se perfilara en su boca, y acto seguido contestó:

—Me lo recomendó una amiga mía.

—¿El cementerio o la tumba, Pierre?

—Las dos cosas.

Alma calló.

Estaba tratando de averiguar dónde se encontraba la verdad o la mentira en sus palabras, y su inteligente cerebro empezaba a anudar cabos sueltos.

—De acuerdo, querido —dijo suavemente—, mientras no se te ocurra declararme tu amor al pie de un... muerto...

Derevaux no dijo nada.

Continuó conduciendo y, de aquel modo, hasta que llegaron a la verja de hierro, donde Jenny ya estuviera una vez en compañía de Morales, ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

—Vamos, baja. ¿O tienes miedo?

—¿Yendo contigo...? No, creo que no..., pero no estoy muy segura,

¿comprendes?

Se le colgó del brazo, tan pronto como descendieron del coche, y los dos muy juntos se acercaron.

Derevaux abrió la puerta y entraron.

El silencio era el mismo de siempre.

Nada se movía en el interior del camposanto.

Tan sólo el ruido apagado de sus pasos cuando los pies se hundían en la espesa alfombra de las hojas secas, como anteriormente se hundieran los de Jenny

O'Brien.

En su brazo, Derevaux notaba los dedos crispados de Alma, que ya, sin poderse contener, preguntó:

—¿Tar..., tardaremos mucho en salir?

—Eso es algo que no sé —respondió Derevaux—. Depende de esa tumba. Tenemos que buscarla.

Había luna.

Luna llena, que poblaba de sombras fantasmales el cementerio, y que hacía que los ojos de Alma fueran de un lado para otro, como si repentinamente se hubieran vuelto locos dentro de sus cuencas.

Tumbas a la derecha, a la izquierda, a la derecha...

Derevaux se detuvo en seco.

—Tuvimos suerte, muchacha —susurró—. Mira eso.

Estaba señalando la inscripción, apenas visible a la luz de la luna.

Y ella miró.

Durante unos segundos estuvo tratando de leerla, y luego se volvió a mirarla con los ojos muy abiertos.

—Morales, el jefe de la

G-2.

Morales... ¡Pierre! ¡Dime que no es verdad lo que estoy pensando!
¡Que no puede serlo!

Pero sabía la respuesta que iba a darle, desde mucho antes que Derevaux la pronunciara.

—Creo que es así, Alma. Creo que esos papeles están en esa tumba. De ahí el interés de Morales por visitarla de vez en cuando... y casi siempre haciéndose acompañar de un extranjero o extranjera. Es, para él, un modo como otro cualquiera de burlarse de nosotros.

—¿Y...?

—Ayúdame, ¿quieres? Vamos a tratar de destaparla.

Los dientes de Alma produjeron un ruido desagradable.

—Estoy temblando, Pierre —afirmó.

Pero se arrodilló a su lado, junto a la lápida.

Superpuesta, por lo que no les costó mucho apartarla a un lado.

Media hora más tarde, siempre bajo los rayos de la luna, el ataúd quedó abierto.

Vacío, forrado de terciopelo, y, viéndolo, Derevaux pensó que era demasiado lujo, innecesario para una tumba que tal vez Morales no ocupara nunca.

Y el portafolios.

Parecido al suyo propio.

En silencio se inclinó, alargando la mano, y lo tomó, sacándolo fuera.

Se puso en pie, siendo imitado por una pálida Alma, cuyos firmes y altivos senos se estremecían al conjuro de su contenida respiración.

—Es eso, ¿verdad?

Derevaux se limitó a abrirlo introdujo la mano y, cuando la sacó, ella pudo ver el manojo de papeles que llevaba entre los dedos crispados.

Los examinó y volvió a guardarlos.

—Es todo lo que necesito, Alma —dijo lentamente—. Vámonos, ¿quieres?

La muchacha no se hizo repetir la orden; por segunda vez se le colgó del brazo, y emprendieron el regreso hacia el coche.

—¿Y ahora, Pierre...?

—Nos vamos; eso es todo.

—¿Adónde?

—Lo tengo todo previsto para la marcha. Era un último recurso, que no pensaba emplear en modo alguno, si no recuperaba esos planos.

—¿Y yo...?

No tuvo tiempo de responder.

La enrejada puerta que daba acceso al cementerio había quedado atrás, y ya les faltaba muy poco para alcanzar el coche, cuando ocurrió.

—Será mejor que no se mueva, Derevaux. Ni usted ni ella, ¿comprenden? Les estamos apuntando.

Alma lanzó un pequeño grito y se apretó contra él, volviéndose ya hacia la derecha.

Estaban allí.

Morales, Iván Luzarov, y dos miembros más de la

G-2,

a los que nunca había visto, con las metralletas en las manos.

—¿Me da esos papeles?

Derevaux maldijo in mente.

—¿Por qué no? —respondió, aparentando una calma que no sentía

—. Son suyos, ¿no es así?

Morales extendió la mano izquierda, mientras que en la otra brillaba una pesada automática.

—Tire el portafolios a mis pies, ¿quiere?

Derevaux lo hizo así.

Entre sus brazos, Alma temblaba.

—Bien, y ahora, ¿quiere decirme, en realidad, quién es usted?

—Diplomático.

—Una..., ¡una porra! ¿De la CIA?

—No.

—¿Espera que lo crea?

—No.

—Escuche, Derevaux, es mucho mejor para usted y para la muchacha que me diga la verdad. ¿Quién le envió a La Habana? ¿Los Estados Unidos o Francia?

—Trabajo solo, Morales.

—¡Un cuerno! ¿Quién? Vamos, responda, o les mato aquí mismo, y ahora. Pero antes, esa muchacha no lo va a pasar muy bien, ¿comprende?

—Le dije que trabajaba completamente...

—Está mintiendo, Derevaux. Un tipo que trabaja solo no hace las cosas tan rápido como usted las ha hecho. Por otra parte, esos planos sólo pueden interesar a Estados Unidos o a Francia.

—A toda Europa, Morales, y usted ya sabe por qué. Ahí están todos los emplazamientos de los misiles rusos, con cabezas nucleares, ¿entiende? Misiles que apuntan a las costas occidentales de Norteamérica y a las costas francesas, sin olvidar a gran parte de Europa. Cualquiera de esas naciones me pagaría millones por esos planos. Por eso me arriesgué. Soy un diplomático que vino a La Habana a causa de un secuestro. Aquí me enteré de muchas cosas, y empecé a obrar por mi cuenta. Puede ir a la Embajada francesa, y

preguntar. Ellos no saben...

—¿Ésa es su historia?

—No hay otra, Morales.

El jefe de la

G-2

no respondió, hizo una seña a Luzarov y el ruso empezó a acercarse lentamente al lugar donde se encontraban, con los ojos fijos en la figura aterrorizada de Alma González.

Mediaba el camino cuando todo se vino abajo para Morales y sus hombres, al conjuro de una voz de mujer:

—¡Quietos todos, Morales!

Ninguno lo hizo.

Luzarov se detuvo en seco, dio media vuelta, llevando la mano a la funda de la axila, en tanto que Morales y los otros dos se volvían, metralleta en ristre. Derevaux, al unísono, se lanzaba con Alma al interior de la abierta tumba del jefe de la

G-2

cubana.

Y ninguno terminó con los movimientos, ya que, en menos de un segundo, la noche se llenó de rápidos estampidos.

El primero que se vio lanzado hacia atrás, con más de treinta balas en el pecho, fue Morales, seguido del ruso, y a continuación los dos agentes de la

G-2;

luego reinó el silencio.

Más grave, más mortal, más agorero que nunca, y que se rompió al borde mismo de la tumba, cuando Jenny preguntó:

—¿Se encuentra bien, Derevaux?

Se estaba poniendo en pie, ayudando a Alma, que se encontraba cubierta de tierra de pies a cabeza, y respondió, antes de terminar de hacerlo:

—Sí, así es. No se preocupe por nosotros, *miss*

O'Brien.

El portafolios.

Unos instantes después, les enfrentaba.

Con las metralletas en las manos, observando los alrededores, vio a Joe Donkey y a Buck Sullivan, ambos, lo mismo que ella, de la CIA.

—¿Nos vamos?

No les miraba a ninguno, como ya se ha dicho, pero fue Donkey el que formuló la pregunta.

Jenny le dio la respuesta, portafolios en mano:

—Vámonos. Aquí ya terminó todo.

Corrieron hacia los coches.

—Venga detrás de nosotros Derevaux —dijo ella—, nos están esperando.

Emprendieron la marcha, pero ahora no tomaron el camino de La Habana, sino el de Viriel, dejando el cementerio atrás...

* * *

—¿En qué piensas?

Bajo las alas, se podía leer «Air Forcé», y también podía verse el emblema de Estados Unidos de América.

A su lado, sentada en uno de los asientos, mirándola fijamente, Alma, que se había mantenido callada durante horas, ya a solas con él, formuló la pregunta:

Derevaux le devolvió la mirada.

—Creo, pequeña —dijo—, que esa pregunta te la debo hacer yo a ti. ¿O no es así?

—Sí, creo que sí.

—¿Y bien...?

—El secuestro de ese avión. Ellos... eran de la CIA. ¿Cómo te explicas...?

—Washington se puso en contacto con Francia, tan pronto como tuvo sospechas de lo que estaban haciendo los rusos en Cuba y... Bueno, nos prestaron su Embajada, ya que, como sabes, no existen relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y el régimen de Castro. Donkey, Sullivan y la propia Jenny fueron enviados a Miami. La única manera de entrar en La Habana sin levantar sospechas era ésa: secuestrar uno de nuestros aviones, en pleno vuelo, y llevarlo hasta allí. Yo... hablo el francés como un nativo, y por otra parte, el pasaporte que llevo es... falso según como se mire, pero hecho, indudablemente, por el Gobierno francés.

—Entonces, tú...

—Mi nombre es Richard Sevigny, Alma. —Hizo una ligera pausa y prosiguió, mientras ella continuaba mirándole fijamente—: Lo que

siento fue la muerte de aquella azafata, Jessica Burdon. Lo hizo Morales, ¿sabes?, y ella no tenía nada que ver en esto. Era realmente lo que decía ser, y no estaba enterada de nada.

—¿Así tú... del FBI?

Sonrió.

—Sí, así es.

Callaron, pero no fue mucho, por lo menos por parte de Alma, que formuló una nueva pregunta:

—Una vez en Estados Unidos, Richard, ¿dónde quedo yo?

—Creo... creo que voy a perder a la amante para convertirla en mi mujer. Es decir, si ella quiere. ¿Crees que se lo puedo preguntar alguna vez, muchacha?

—No pierdas mucho tiempo, Richard, ¿comprendes? Derevaux, o Richard Sevigny, agente especial del FBI, no respondió; pensaba en la respuesta de la cubana.

Hasta que llegó a la conclusión de que era la mejor que podía darle.

FIN